

Jaime Giménez Arbe

**ME LLAMAN EL SOLITARIO**  
**AUTOBIOGRAFÍA**  
**DE UN EXPROPIADOR DE BANCOS**

Edición a cargo de  
IÑAKI ERRAZKIN



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Noviembre de 2009

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: María Soledad Arbe

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
Navaz y Vides 1-2  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
Gráficas Lizarra S.L.  
Carretera a Tafalla, km. 1  
31132 Villatuerta - Navarra

ISBN  
978-84-8136-564-1

DEPÓSITO LEGAL  
NA. 3.278-09

txalaparta 

*Todos los bancos son bancos de sangre*

ANÓNIMO

## EXORDIO

CUANDO EL DIRECTOR DE TXALAPARTAME pidió que editara la autobiografía de El Solitario, acepté el trabajo sin titubeos. El personaje, del que entonces yo sabía lo mismo que ustedes ahora, antes de leer este libro, me resultaba curioso y despertaba mi interés de periodista. Así, por motivos puramente profesionales, Jaime Giménez Arbe se introdujo en mi vida al mismo tiempo que yo entraba de lleno en la suya, pues fui el primero en leer íntegramente el manuscrito original en el que este expropiador de bancos, como él se define, narra sus extraordinarias aventuras.

Para obtener una visión más completa y objetiva de Jaime Giménez Arbe, me he entrevistado en estos meses con algunas de las personas más cercanas a él, entre ellas Marisol Arbe, su madre, y Ana Jiménez, su abogada española. Además, he visto y leído todo lo que ha aparecido publicado en los medios de comunicación, incluidos el tendencioso reportaje audiovisual que realizó Antena 3 TV y el libro del periodista de PIRSA Jesús Duva, ambos basados exclusivamente en la versión policial y en los autos judiciales.

Habría, efectivamente, quien considere que las acciones de Jaime Giménez Arbe fueron meros asaltos cometidos por un facineroso hambriento de dinero, pues, en general, su vida se ha presentado ante la opinión pública como una serie de andanzas de un vulgar y violento atracador sin escrúpulos que no dudó en matar cuando se vio en peligro, pero esta imagen simplista no se corresponde con la realidad.

Detrás del alias El Solitario que le adjudicó algún creativo funcionario del Ministerio del Interior, está Jaime, un hombre moldeado por los acontecimientos que le tocaron en suerte histórica y personal. Una per-

sona sensible e inteligente que, por serlo, no consintió que la maquinaria del Estado lo despersonalizase y se vio abocado a sobrevivir frente a él. Un mal ejemplo tanto para la dictadura franquista, que lo encarceló cuando solo contaba 16 años, como para las democracias burguesas que, ya adulto, lo encarcelaron igualmente.

Giménez Arbe es un díscolo que no aceptó ni acepta las reglas sociales impuestas por la clase dominante, pero sí las de la partida inacabada que comenzó en 1972 en la prisión de Carabanchel, cuando varios carceleros autoerigidos en jueces y verdugos castigaron a su amigo Juanito, un inofensivo discapacitado psíquico, amputándole las manos por una chiquillada. Hostigar al poder establecido raramente sale gratis y él más que nadie era y es consciente de este extremo. Así, asumió siempre los riesgos de su condición de activista libertario, si bien su lucha se centró en robar a los ladrones para poder seguir viviendo a su manera, sin fronteras ni convencionalismos, entregando siempre una parte del dinero conseguido a la causa anarquista europea.

Jaime optó por ejercer la acción directa en su particular combate contra el eje del mal. Consecuentemente con su pensamiento ácrata, casi siempre actuó solo, como hicieran sus correligionarios a comienzos del siglo pasado. Su enemigo, sin embargo, tras capturarlo, no se ha limitado a condenarlo por sus acciones, sino que le ha sentenciado también por las ajenas, achacándole la autoría del tiroteo que costó la vida a los guardias civiles José Antonio Vidal Fernández y Juan Antonio Palmero Benítez.

El letrado Marcos García-Montes, abogado de Jaime Giménez Arbe, afirma desde el conocimiento del Derecho que los magistrados que han juzgado y condenado a su defendido no han respetado sus «derechos fundamentales». Según García-Montes, el contundente fallo del tribunal no se ajustó a derecho por los siguientes motivos, a saber:

Primero: que se había vulnerado el derecho constitucional a un proceso público con todas las garantías porque los registros de la casa y de la nave del procesado no los habían hecho los jueces predeterminados.

Segundo: que no se había respetado el derecho de Giménez Arbe a utilizar todos los medios de prueba pertinentes para su defensa.

Tercero: que habían sido vulneradas las leyes porque el interesado no había conocido la identidad de los testigos protegidos con anterioridad a la celebración de las sesiones del juicio en Pamplona.

Cuarto: que había sido vulnerado el derecho constitucional a la presunción de inocencia en relación con la prueba indiciaria del subfusil.

Quinto: que las armas supuestamente pertenecientes a Giménez Arbe no habían estado en todo momento bajo control y que, al haberse roto

la llamada «cadena de custodia», no estaba garantizado que estas no hubieran sido objeto de algún tipo de manipulación policial.

Sexto: que deberían ser anuladas las pruebas obtenidas por la Policía y la Guardia Civil durante los registros del domicilio de Las Rozas y de la nave de Pinto, propiedades respectivas de la madre y de la ex pareja de Giménez Arbe.

Yo no soy jurista, así que no tengo la menor intención de meterme en camisas legales con o sin varas; pero como periodista, como observador y como ciudadano, opino que todo lo que rodea jurídicamente el caso de El Solitario en España, se ajuste o no al torcido Derecho, choca frontalmente con el sentido común desde el principio. De hecho, el procedimiento empezó con irregularidades desde su incoación, pues la Audiencia Provincial de Navarra negó al presunto inocente Jaime Giménez Arbe su derecho a que las dos causas por asesinato fuesen tramitadas mediante la Ley del Jurado, y ello pese a que la propia ley atribuye a esa institución popular la competencia para enjuiciar acusaciones de homicidio y asesinato. Es decir, los magistrados de la Sala Tercera de la Audiencia Provincial de Navarra provocaron la indefensión de Giménez Arbe al tratarle como a un reo de Estado, aunque solo a medias, pues no llegaron a inhibirse en favor del tribunal especial de la Audiencia Nacional, heredero del Tribunal de Orden Público, lo que habría supuesto de facto el reconocimiento del carácter socio-político de los delitos imputados.

Además de que el único testigo presencial del tiroteo, el número 3, no reconoció a Jaime Giménez Arbe en el juicio como autor del mismo, sorprende también la privilegiada memoria de los testigos protegidos números 6 y 18, hombre y mujer respectivamente, cuyos testimonios fueron determinantes a la hora de dictar sentencia. El primero, de nacionalidad rumana, declaró que se encontraba a la entrada de Caserón y se dirigía hacia Tudela cuando vio un vehículo de la Guardia Civil persiguiendo a un todoterreno de la marca Suzuki, que «podía ser» modelo Santana «o acaso Samurai», de color «azul verdoso», en el que iba un solo pasajero. Según el hombre, «se fijó en la cara de esa persona porque le perseguía la Policía». La vio durante una fracción de segundo «a tres metros de distancia» y la reconoció tres años después entre «más de 70 fotografías» que le fueron mostradas por elementos policiales.

Pero hay más. Se da la circunstancia de que los testigos números 6 y 7 viajaban juntos en el mismo vehículo, pero, ¿cuál de los dos conducía? Porque, en su primera declaración, el testigo rumano aseguró que conducía él y que el testigo número 7 iba sentado a su lado, en el asiento del copiloto. Sin embargo, el testigo número 7 dijo lo mismo, pero al revés, esto es: que conducía él y que quien viajaba de copiloto era el rumano. ¿En qué

quedamos? ¿Puede tenerse en cuenta el testimonio de una persona que reconoce tres años después el rostro de un conductor con el que se cruza por una carretera y al mismo tiempo no recuerda si conducía su coche?

En cuanto a la testigo de cargo número 18, declaró «rotundamente» y «con todo lujo de detalles» el momento vivido «sobre las 21 ó 22 horas» del día 9 de junio de 2004, cuando circulaba en sentido contrario por un carril del término municipal de Ágreda, en la provincia de Soria. Según la mujer, al llegar al alto, apareció en la vía un «todoterreno pequeño, de color verde» que circulaba correctamente, lo que la obligó a detenerse para cederle el paso. Al cruzarse, alcanzó a ver durante un instante la cara del conductor y tuvo «sensación de peligro». Olvidado el incidente, y más de tres años después del mismo, la mujer vio en la televisión la cara de Jaime Giménez Arbe tras ser detenido en Portugal, reconociendo en él «con total seguridad» a la persona con la que se encontró el día de autos, recordando perfectamente la fecha y la hora, así como la edad, el peinado, el color de ojos y de piel, el chaleco oscuro y la «camisa de manga larga de diferentes tonos» del conductor con el que se cruzó. Con todos mis respetos, la declaración de esta memoriosa señora se me antoja extraordinaria e irracional. Eso sin tener en cuenta que el mismo día, y a la misma hora referida por la testigo, unos guardias civiles dicen haber visto a Jaime Giménez Arbe entre Buñuel y Cortes, a más de 70 kilómetros de Cueva de Ágreda. A esta propiedad se le llama ubicuidad, y hasta ahora solo había sido atribuida a los dioses.

Al margen de contradicciones manifiestas en cuanto a la descripción geográfica del lugar del encuentro, este periodista ha podido comprobar con perplejidad que la diligencia de reconocimiento practicada por la Guardia Civil en la ciudad gaditana de Algeciras, en la que se mostró a la testigo protegido número 18 un álbum de dieciséis fotografías, tuvo lugar el día 31 de julio de 2007. Esto es, la testigo fundamental de la fiscalía marcó con una cruz la fotografía de Jaime Giménez Arbe ocho días después de su detención y, por consiguiente, después de más de una semana de ver la imagen de El Solitario en todas las posturas y tamaños tanto en televisión como en la prensa escrita e internet.

Insisto en lo increíble de las declaraciones de estos testigos porque, si bien para los jueces de la Audiencia de Navarra (y para los magistrados del Tribunal Supremo) han sido suficientes para decidir encarcelar a una persona de por vida, difícilmente hubiesen convencido a un jurado popular. Aunque, curiosamente, la credulidad de sus señorías en este caso oscila más que el péndulo de Foucault, pues aceptaron sin dudar los milagrosos recuerdos de los testigos protegidos 6 y 18, calificando al mismo tiempo la versión de Jaime de inverosímil.

Efectivamente, los tres funcionarios del Ministerio de Justicia encargados de juzgar los dos casos de asesinato decidieron considerar literalmente «rocambolésca» la declaración de Jaime Giménez Arbe, en la que este afirmaba conocer la identidad del verdadero autor de los hechos que se le imputan, señalando de forma clara y precisa al ciudadano francés de origen corso Paul Cortichiato, a su vez asesinado el 19 de mayo de 2006, casi dos años después del tiroteo de Castejón, desestimando la investigación de los nuevos datos que, de ser confirmados, exonerarían de responsabilidad penal a Jaime, hasta el punto de obligar a la Sala a fallar su libre absolución. En dicha declaración, Giménez Arbe mencionaba, además, el parecido físico de Cortichiato con él mismo, lo que tiene una extraordinaria importancia al no haberse incluido la foto del corso en el álbum presentado por la Policía a los testigos oculares para su reconocimiento. De nuevo hay que señalar que, probablemente, un jurado popular no habría pronunciado jamás un veredicto sin haber exigido la comprobación de lo afirmado por El Solitario.

Cuando la República Portuguesa lo extradite al reino borbónico, Jaime Giménez Arbe comenzará a cumplir una condena de 47 años, con -firmada por el Tribunal Supremo, que, con el endurecimiento de las leyes para los considerados «presos peligrosos», no bajará de cuatro décadas de prisión efectiva en régimen FIES (Fichero de Internos de Especial Seguimiento). Eso sin contar las futuras condenas por los asaltos que aún están sin juzgar. La venganza que el Estado ha diseñado para él consiste, pues, en una cadena perpetua maquillada de legalidad. Un rigor inusitado que contrasta con la conmisericordia demostrada por los poderes del Estado español con connotados criminales como el general Enri que Rodríguez Galindo, el ministro José Barrionuevo o el secretario de estado Rafael Vera.

El doble rasero que aplican los gestores de este país de las maravillas según el bando en el que militen los delincuentes, hace tiempo que dejó de ser patético para convertirse en escandaloso e indignante. La justicia española es arañera y tramposa y no duda en levantarse la venda de los ojos para ver la cara de la persona que se sienta en el banquillo de los acusados y decidir en función de su ideología.

La mesa de su celda en la prisión de Monsanto ha servido a Jaime Giménez Arbe de escritorio para la redacción de su autobiografía. Espere mos que el esfuerzo no haya sido en vano y lo escrito sirva para agitar conciencias y propagar la realidad de una sociedad envilecida por sus gober nantes.

IÑAKI ERRAZKIN

Andalucía, noviembre de 2009



EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2008, mi amigo y editor Josemari Esparza me preguntó: «Lucio: ¿conoces a El Solitario?». Yo creí que me preguntaba por el juego de cartas del mismo nombre y le contesté que no: «El único juego que conozco un poco y me gusta es el mus». «¡No hombre! –me dijo– te pregunto por El Solitario que está preso en Portugal, que asaltaba bancos y le acusan de haber matado a dos guardias civiles en Cas-tejón». Le contesté que en la prensa había leído alguna vez la historia y una vez estando en Cascante leí un poco sobre el juicio que le hicieron en Tudela y Pamplona, pero sin demasiado interés. Eso sí, me chocó la expectación de gente y prensa en los alrededores esos tribunales. Parecía un encierro.

Mi amigo editor me explicó que se escribía con El Solitario (entonces yo no sabía que ese era un nombre policial y que para los amigos es Jaime) y que se había decidido a editar sus memorias con Txalaparta por el tipo de editorial que era y, entre otras cosas, porque editaba libros como el del anarquista Lucio Urtubia. Me pidieron prologar su libro y dije que sí gustoso, a pesar de que apenas lo conocía. Simplemente sabía que robaba a los bancos y para mí el que roba a los ladrones ya tiene todos los perdones. Comencé a escribirme con él: yo le preguntaba por la situación en las cárceles, ese horroroso invento humano que no debería existir, y él me pidió que le contara cosas de mi amigo y compañero Quico Sabaté, con el cual viví y compartí con él lo que tenía y recibí de él lo que soy. Y eso voy a hacer en este prólogo.

Hay mucha gente que envidia sanamente mi humilde pero riquísima suerte de haber compartido aquellos tiempos con Quico, todo cuan-

to viví y me transmitió, la semilla que germinó en mí y en cuantos le conocieron. Un animal para la clandestinidad, olía a la Policía, a la Guardia Civil, a la Gendarmería, pero también tenía fino olfato para conocer a las personas, para alejarse de los habladores y falsos revolucionarios. Desde muy joven practicó la expropiación y empezó a robar para ayudar, trabajando y militando en la CNT desde muy jovencito, todo ello desde una familia numerosa de trabajadores. Por él supe de los compañeros que habían emigrado a América, de las huelgas en que había participado en Barcelona, de la guerra de Marruecos... Cuando hoy día oigo hablar de inteligencia me acuerdo de la suya, natural, práctica. Quico estaba considerado por los verdaderos criminales como un criminal y también como un analfabeto. Pero demostró ser inteligentísimo. Vivió años intensos, aunque muriera joven, y si lo tenemos tan presente es porque llevó a cabo cientos de acciones y casi todas le salieron bien. No haremos un dios del Quico, pero hay que reconocer que tuvo mucha vida y mucha suerte. Siempre estuvo solo y siempre acompañado. Quico tuvo treinta años de subversión, de práctica revolucionaria, pero los veinte últimos fueron increíbles: hacía sus míticas expropiaciones, estudiaba para ellas, trabajaba intensamente, vivía intensamente.

Sin ser intelectual, él preparaba sus octavillas, su periódico y su propaganda, sus pases de frontera, a pie, llevando el material a hombros. Yo le decía: «Nano, si vamos a Barcelona, cruzaremos la muga por Valcarlos, por Navarra podemos pasar más fácilmente que por Cataluña. Navarra es mi provincia, conozco la frontera y en 24 horas podemos presentarnos en Barcelona. Además, tú no deberías ir. Somos nosotros los que no estamos quemados, ni somos conocidos como tú. Podemos ir sin problemas, preparar pisos, escondites, garajes, gente». La respuesta de Quico era: «Nano, cuando llamo en una casa en Cataluña y hablo en catalán, las puertas se me abren de par en par». Quico, que era internacionalista, era un catalán que quería y amaba a su país y jamás aceptó pasar la frontera por ningún lugar que no fuese Cataluña, la tierra que conocía y lo había criado.

En las expropiaciones, actuaba con la cara descubierta. Era tan conocido que con decir «soy el Quico», todos los empleados del banco le ayudaban a recuperar el dinero para que se fuese lo antes posible, unos por simpatía y los otros por temor. Les decía: «No somos gánsteres, somos trabajadores antifranquistas que luchamos por la libertad, contra Franco y contra el fascismo. No robamos». Rechazaba la violencia y sólo se servía de ella cuando no tenía más remedio, para protegerse. De los bancos salía bien pero en algunos casos tuvo que emplear la violencia para poder salvarse.

Lo que recaudaba pasaba a su trabajo revolucionario: compraba todo lo necesario para hacer su propaganda, pagar las imprentas, ayudar a las familias de los presos, abogados, pisos alquilados, viajes... todo era para el trabajo clandestino y Quico enviaba el valor de su paga a su mujer. Él decía que si trabajara en una fábrica, llevaría a casa un salario y eso era lo que hacía. Éramos riquísimos aunque nada teníamos. Era un ser honrado que luchaba porque creía en sus ideas, ideas que hoy más que ayer son necesarias. Si su ideal hubiera sido tener una gran casa, Quico hubiera tenido cien casas.

El movimiento libertario en el exilio estaba en Toulouse. Allí vivían las grandes figuras del anarquismo español. Quico era más joven que los grandes responsables de la CNT y no se ponía de acuerdo con ellos. Uno no dispone de las mismas energías a los treinta años que a los cincuenta. Hacía muchos años que el movimiento libertario era una pura sangría. Los comités, grupos, organizaciones, imprentas... Todo caía en las manos enemigas. Fusilamientos, miles de años de cárcel... Todo era un fracaso. El enemigo era superior y desorganizaba todo. Quico y su hermano José conocían los fallos y no se entendían con la organización ni con sus responsables. Por eso Quico empezó a trabajar por su cuenta, podemos decirlo así, pues había perdido la confianza en la organización. Luego, todo lo que ocurre en Cataluña se le atribuye al Quico: expropiaciones, arreglos de cuentas a fascistas, imprentas clandestinas... Quico consigue una infraestructura importante, ganada a pulso con su prestigio, coraje y generosidad. No quiere decir que fueran ángeles, pero casi, comparado con los políticos corruptos de la actualidad.

Quico no esperó a que el sectarismo o la burocracia política o sindical le autorizaran lo que tenía que hacer. Era adulto, un libertario, un ser responsable que sabía que un revolucionario tiene que ser humilde, pero tiene que pasar a la acción. Que de nada sirven las ideas y las palabras si no se es coherente. Y Quico lo fue hasta el final.

Y esto es, muy resumido, lo que te puedo decir de Quico Sabaté, amigo Jaime. No te conozco, salvo por este libro que acabas de escribir en unas condiciones tan adversas. Yo creo, Quico me lo enseñó, en lo que uno es, y uno es lo que es por lo que hace y no por lo que dice. No creo ni acepto las cárceles, como no creo en el Estado. Tampoco creo en su Justicia ni en sus juicios apañados. Mucho menos creo en los Bancos, pero también sé por mi vida y experiencia que nadie tiene una solución exacta para arreglar las injusticias del mundo. Por eso debemos escuchar con sensibilidad y tratar con respeto a todos aquellos que luchan, que actúan con buena intención, que se enfrentan al sistema y que, en muchos casos, acaban en la cárcel. Tú has expropiado bancos en solitario; yo

acompañé a Quico y falsifiqué moneda; mi mujer Anne es médico responsable de la acción humanitaria en Haití y en un pueblo navarro: Valcarlos-Luzaide; los jóvenes vascos ocupan casas abandonadas en el campo para autogestionarlas. Todo puede servir en algún momento si todas las acciones están sustentadas en los principios de la libertad, la generosidad, la justicia y la solidaridad entre las personas y los pueblos. Los delincuentes, los malhechores, los que hacen las guerras y los pobres, los que roban, son otros. Son ellos. Ojalá te vea pronto en libertad.

LUCIO URTUBIA

LA PENA DE MUERTE SE HA CONVERTIDO EN IMPALPABLE , sin nombre ni perfil. Es una cuestión administrativa. No tiene rostro y tampoco lo tienen los jueces de vigilancia penitenciaria o los burócratas del Ministerio de Justicia, que la aplican con minuciosidad y pretendida «inocencia». De la misma manera que el verdugo se escondía detrás de la capucha, esta gente se esconde detrás del reglamento, las liquidaciones de condena, el conformismo reaccionario que lo impregna todo.

Ya somos centenares y pronto seremos miles los que sufrimos nuestra condición de condenados a muerte. Nos enfrentamos a esta cruda realidad: nuestra dignidad humana depende de la insurrección contra el destino infame que nos reservan. Delante de estos crímenes administrativos no solo tenemos el derecho del rechazo, de la revuelta, sino que hoy esto constituye un deber para todo aquel que tenga la posibilidad, se encuentre donde se encuentre, con sus propios medios; con los puños, si es preciso, individualmente o colectivamente.

La lucha contra la institución de los torturadores y de los verdugos seguramente será sin concesiones. La represión será feroz. Ya hemos tenido la ocasión de sufrir las venganzas de la Administración para hacernos una idea aproximada de lo que nos tienen reservado. Los crímenes disfrazados de suicidio, las palizas, los años y años de aislamiento, los insultos y las humillaciones, es decir: todo aquello de lo que son capaces con la excusa de la ley y de los reglamentos. De todas maneras, nuestro rechazo ya no teme a la porra. Y ya no nos puede pasar nada, porque, si nada cambia radicalmente, nosotros ya estamos muertos, y enterrados vivos.

JEAN MARC ROUILLAN

A Jaime, mi padre

A Marisol, mi madre

A Roberta, mi *bonitinha de bala chita*

A Ligia, la mejor y más valiente abogada de Portugal

EL 23 DE JULIO DE 2007 AMANECIÓ RADIANTE. Para mí era un día prometedor. Recién despierto, contemplé la salida del sol desde un bello pinar cercano al mar en el que había pasado la noche acampado junto a mi furgoneta Renault Kangoo, una compañera de aventuras ideal que jamás pregunta, discute o juzga. La había bautizado con el nombre de *Cirila*.

Tenía montada mi pequeña tienda iglú en un discreto claro del bosque, a salvo de miradas curiosas que pudieran poner en peligro mis planes. Me acomodé sobre un tocón y comprobé la posición geográfica con un GPS que había comprado en Miami, durante un viaje que realicé a los Estados Unidos catorce o quince años atrás, cuando aún no se había generalizado el uso de ese tipo de aparatos. Una flecha marcó sin titubeos el lugar en que me encontraba: justo al pie de un camino forestal afluente de una deteriorada carretera rural, estrecha y polvorienta, cercana a Quiaios, a unos diez kilómetros de la localidad costera de Figueira da Foz, en el distrito portugués de Coimbra. Mi particular militancia expropiadora me ha obligado a pertrecharme siempre muy bien y a elegir minuciosamente tanto mi equipo como mis herramientas. La clandestinidad tiene estas cosas.

Aquella veraniega mañana los pájaros gorjeaban a su antojo sabiéndose dueños del lugar, casi tan libres como yo me sentía. Comulgué una vez más con la naturaleza, a la que respeto con devoción. De hecho, soy un ecologista practicante y, siempre que recojo mis bártulos al levantar un campamento, dejo únicamente restos orgánicos que sirvan de abono a la vegetación.

La lona de camuflaje con la que solía ocultar la furgoneta pesaba lo suyo, y aún más, empapada de rocío como estaba. La quité con esfuerzo, la extendí sobre el suelo y, mientras el sol emergente cumplía su parte en la tarea de secarla, aproveché para du charme. Un bidón de gasolina bien enjuagado y relleno con veinte litros de agua me permitía ir en todo momento correctamente aseado sin depender necesariamente de hoteles, pensiones ni baños públicos. Ni siquiera me preocupaban las bajas temperaturas, pues, gracias a un hornillo que formaba parte de mi equipamiento, podía lavarme y afeitarme con agua caliente. El infiernillo en cuestión era una verdadera virguería. Lo compré en Florida, en la ciudad de Fort Lauderdale, en una tienda especializada en deportes al aire libre. Y ya que estamos *deshop ping* les diré que en otro establecimiento similar de la ciudad inglesa de Manchester, adquirí en los años noventa un ingenioso artilugio mecánico de plástico, compuesto por un recipiente presurizador terminado en una especie de mango-ducha, que es el complemento perfecto para la *toi lett* de una persona con mi estilo de vida.

Tras la ducha, un desayuno frugal, como correspondía a una jornada de lucha. Y luego, antes de partir, unos momentos de relajación a base de música y hachís, dos buenos amigos que nunca me han fallado. Los altavoces de la radio del vehículo en el que viajaba mejoraron sensiblemente la canción que el azar me había regalado al conectarla. El hachís también era de alta calidad: Sputnik doble cero, una delicia que había comprado en Madrid a un colega de mi viejo camarada Said, un marroquí con el que tengo una magnífica relación desde hace muchos años. Me concentré en la música y en el humo azulado que salía de mi boca. Estaba tranquilo. Necesitaba estarlo porque ese día iba a conseguir cien años de perdón expropiando a un ladrón, que no seré yo quien contradiga las Sagradas Escrituras, al menos en este tema. Pensaba llevarme una parte del botín de Botín, *capo di tutti i capi* de la Banca y uno de mis mayores enemigos.

Mi objetivo era la sucursal del Santander Totta, en la Avenida Otelos Saraiva de Carvalho, en la turística Figueira da Foz. Se trata de una oficina bancaria que ocupa toda la finca y que tiene dos puertas que dan a calles diferentes: a la ya mencionada y a una *rua* paralela al Ayuntamiento, lo que me permitiría entrar por la accesoria y, atravesando todo el edificio, salir por la principal. Luego, tras cruzar la ancha avenida, sólo tendría que llegar hasta el aparcamiento vigilado en el que me estaría espe randomi *Cirila*.

Había estudiado el recorrido con aprovechamiento, como si me fuera a examinar un tribunal de catedráticos, previendo hasta el menor detalle. Así, en el último mes había pa seado por las inmediaciones del ban-



co en dos ocasiones. En una de ellas, incluso llegué a arriesgarme a entrar en las dependencias para planificar mejor el operativo. Con el pretexto de cambiar un billete de 200 euros, pude observar la ubicación de las cámaras, que, como suponía, estaban situadas según la disposición típica de todos los Santander que hay en España. Se veía que el Totta añadido de la filial portuguesa no influía en el estilo propio de la casa matriz.

Durante mi incursión pude localizar además el despacho del director de la sucursal. Estaba a mano izquierda, según se entra por la puerta próxima al Ayuntamiento, y quedaba relativamente oculta de miradas indiscretas por unas puertas de vidrio que dan al patio de operaciones, lo que me venía muy bien, pues tanto al escaso personal como a los clientes que pudiera haber en el banco cuando yo accediera a él a primera hora de aquella tarde les iba a costar percatarse de mi visita de cortesía a la dirección.

Al director lo había controlado en mis dos expediciones y le había visto abrir los cajeros automáticos del interior de la oficina, los mismos que pensaba vaciar en unas horas. También había tomado buena nota de que acostumbraba a salir a media mañana a tomar café con algunos clientes. Por lo demás, solía estar trabajando en su despacho, en el que destacaba un gran ventanal, muy próximo a la fachada de la Casa Consistorial, que tenía un sistema de persianas orientables, lo que permitía observar si había personas dentro, aunque no lo que hacían. Este detalle es importante, pues cuando llevase a cabo la expropiación, como la haría en solitario, me sería físicamente imposible vigilar las dos puertas del banco. En cuanto a otros empleados, había detectado a una cajera joven, a una interventora de más edad y a un hombre que trabajaba en una habitación aparte, en la que muy probablemente se encontrase la caja fuerte retardada. La cajera manejaba un dispensador automático de billetes, pero intuía que habría, además, un par de cofres temporizados y algunos cajones con dinero en efectivo.

Aquel banco estaba pidiendo a gritos que lo redimieran. Había en él un gran movimiento de clientes que imponían o extraían distintas cantidades y era más que posible que, dada la proximidad, se ocupase de los cobros y pagos del Ayuntamiento, santuario de la mafia local por definición. Ojalá mi hipótesis fuese acertada, pues las instituciones son auténticas cuevas de Alí Babá y expropiar a los políticos es para mí un elemento suplementario de motivación, además de un placer añadido.

Había elegido el Santander Totta por ser un banco español, perteneciente, para más inri, a una familia de usureros cántabros aliada con el Totta Azores, propiedad, a su vez, de algunos de los clanes de parásitos más fascistas de toda la República Portuguesa. Y me decanté por Figueira

da Foz por el poderoso motivo de que es una importante ciudad turística provista de un afamado casino, lo cual prometía. Yo trabajé hace tiempo en un casino de Madrid y conozco de primera mano los tejemanejes de dinero y el tráfico de influencias que se establecen entre los accionistas mayoritarios de estos templos de juego y los ediles de los municipios en que se asientan.

Mi plan era relativamente sencillo. Pretendía entrar en el banco armado y disfrazado por la puerta de la calle que da al Ayuntamiento. Una vez dentro, tranquilo y sin prisa, accedería al despacho del director, al que mostraría mi Colt 45, una persuasora pistola semiautomática que usaba desde hace años, y le conminaría a que escribiera en un papel la clave numérica de la caja fuerte. Esperaba que fuera un hombre razonable y colaborase, pues, además, debería decirme quién más conocía la combinación. La experiencia y la intuición me hacían creer que podía ser la interventora, una mujer que aparentaba cuarenta y tantos años. El trámite era necesario, ya que habría de con trastar la clave que me proporcionase el jefe de la sucursal con la que me diera la segunda persona. Lo suyo, claro, era que coincidiesen, pues de no ser así, al teclear el número incorrecto saltaría la alarma silenciosa, alertando a los vigilantes de guardia en la sede central de la empresa encargada de la seguridad del Santander Totta. Ya dice el refrán que es mejor prevenir que curar, así, para evitar indeseables equívocos, informaría a quien correspondiera de la inconveniencia que supondría cualquier error numérico, ya que, de producirse, consideraría que el director me había mentido y semejante conclusión me obligaría a actuar en consecuencia. Confiaba en que tal cosa no sucediese.

Al ser, como he dicho, una alarma silenciosa, no había forma humana de saber a ciencia cierta si había saltado o no, aunque, afortunadamente, la vagancia crónica de los guardias suele conceder una oportunidad. Me explico: las centrales de las compañías de seguridad, antes de alertar a la Policía, acostumbran a llamar por teléfono a la oficina bancaria en cuestión para asegurarse de que el apremio está justificado, pues la pasma se suele disgustar sobremanera cuando acude a un banco que supuestamente está siendo atracado y al llegar al lugar de los hechos se encuentra con que se ha desplazado en balde por tratarse de una falsa urgencia. Había que estar, pues, atento al teléfono.

Los bancos no nos lo ponen fácil a los expropiadores. De hecho, hay en ellos más trampas que en una película de Fu Man Chu. Por ejemplo, es frecuente toparse con cajones en los que se guardan a la vista, tentadores como Eva, la serpiente y la manzana juntas, pequeños fajos de billetes de 5, 10, 20 ó 50 euros, nunca de más, separados por lengüetas de

metal. Si alguien no avisado retira el dinero, la lengüeta hace contacto con la base, cerrando el circuito eléctrico que alerta tácitamente a la empresa de seguridad o, directamente, a la Policía. No estaría de más preguntar amablemente al director por la ubicación de estos interruptores o de cualesquiera otros que los empleados pudiesen activar.

La idea era comparar las claves escritas por el director y por la interventora. Después, una vez reducidos y controlados los empleados y los clientes, ordenaría colocar en las puertas de entrada sendos rótulos con la palabra «cerrado», por lo que entraría en el banco unos minutos antes de terminar el horario de atención al público. Quería que todo pareciera normal. Una vez que conociese la combinación de apertura de la caja fuerte, yo mismo pulsaría los números, pues un empleado podría equivocarse fácilmente, bien por los nervios del momento o deliberadamente, y hacer fallar la operación. Sería en ese momento cuando abriera mi elegante maleta de cuero Pierre Cardin y sacase de ella un aerosol de pintura negra con el que cegaría los objetivos de las cámaras de vigilancia.

La maleta era una caja de sorpresas para mis enemigos. En ella llevaba discretamente las herramientas más variadas, incluida una metralleta. Por si se torciesen las cosas y me tuviera que proteger de la Policía, ya saben. Y por si fueran necesarias, llevaba también en mi maleta unas bridas eléctricas de trinquete, que, llegado el caso, me servirían para inmovilizar a empleados y clientes atándolos a las sillas. Así evitaría tener que dañar la integridad física de algún espontáneo héroe desclaudado que pretendiera hacerme frente en un estúpido intento de frustrar la expropiación bancaria.

La caja fuerte temporizada tardaba en abrirse unos quince minutos. En ese intervalo, obligaría al director a abrir los cajeros automáticos y el dispensador de billetes. No sabía si en el mostrador de ventanilla habría o no cofres metálicos, pero, si así fuera, sería la cajera la encargada de vaciarlos y entregarme su contenido. O quizás lo hiciera yo mismo, ya veríamos. De una forma u otra, tendría mucho cuidado con los posibles «cebos». Ese sería el último dinero que retirase. Me pensaba llevar incluso los billetes numerados correlativamente. Después, cuando estuviera a salvo, los gastaría uno a uno por toda la geografía española, preferentemente en las gasolineras en las que repostase. Así, cuando detectasen los euros, los sabuesos no podrían aprovechar dato alguno ya que cada billete aparecería en un punto distinto de la geografía española.

Tengo que insistir en que yo expropio a los bancos, no a sus clientes. Mi lucha es contra las entidades usureras, no contra la gente de a pie, víctimas al fin y al cabo. Por eso quiero dejar claro que soy un expropiador, no un vulgar ladrón. De hecho, sólo me llevo el dinero que ya ha

sido depositado en el banco y jamás he cogido un euro o peseta sin ingresar. Digamos que contribuyo al equilibrio ecológico. En la escala trófica, esto es, en la cadena alimentaria natural que se da entre animales depredadores y depredados, siempre hay un flujo proporcional. Si hay muchas gacelas, hay muchos leones. Pero si hubiera muchos leones y pocas gacelas, aquellos desaparecerían por desnutrición y estas por extinción de la especie. Todo depredador tiene que tener, pues, otro depredador que lo compense. Esta es una ley universal que afecta a todas las especies animales, no importa el tamaño, el género o el medio en el que vivan. Y no hay enemigo pequeño. Que se lo pregunten, si no, a los epidemiólogos, microbiólogos y bacteriólogos.

En las sociedades capitalistas, los depredadores supremos son el sistema financiero y los bancos. Son fuertes y poderosos. De una manera u otra controlan los cuatro poderes del Estado, medios de intoxicación de masas incluidos. Ocupan el vértice de la cadena trófica de alimentación (canibal, *of course*) y no tienen otros depredadores de su talla que amenacen su estilo de vida muelle. Solo algunos virus incontrolados (como yo mismo) conseguimos darles algunas dentelladas donde más les duele. Yo sorteaba sus medidas de protección, los atacaba y les causaba daños. Cierto es que no he acabado con ellos como me gustaría, pero creo que soy un buen ejemplo a seguir para otros muchos virus que se encuentran en estado latente. A medida que vayan despertando, seremos cada vez más agentes libertarios operando según la ley de Talión, depredando a los depredadores. En dos palas: haciendo justicia. O mejor, en tres: haciendo justicia popular.

Pero no divaguemos. Aquel día, al cabo de unas pocas horas estaría realizando una nueva expropiación. Llenaría la cartera con todo el dinero del banco que cupiera en ella y saldría tranquilamente, aunque, como precaución, camuflada bajo mi chaqueta llevaría la metralleta montada y lista para disparar. Luego cruzaría la avenida y, una vez en el aparcamiento, subiría a la furgoneta y abandonaría el lugar a toda prisa, antes de que se convirtiera en un avispero policial.

Había llegado la hora de recoger el campamento. Desmonté la tienda y la guardé en su bolsa. Repasé el terreno, asegurándome de no dejar el menor objeto que diera testimonio de mi presencia allí. Guardé todo en la *Cirila* y comprobé si estaba bien colocada la plancha de acero que me guardaba las espaldas. Se trataba de una especie de mampara a prueba de balas, hecha de un acero especial, muy denso y compacto. Procedía de la puerta de un vehículo blindado, de esos que utilizan las empresas de seguridad para transportar fondos. La compré en un desguace que hay al sur de Madrid, en la carretera de Pinto a San Martín de la Vega,

no muy lejos de la prisión de Valdemoro. Luego, en mi taller, con tiempo y calma, le fui dando la forma necesaria, que cubría exactamente la parte trasera de mi asiento y del reposaca bezas, protegiéndome de las balas que pudieran dispararme los esbirros del Estado. Recuerdo que al encargado del desguace le conté la milonga de que la necesitaba para asegurar una caseta de aperos de labranza en la que entraban a robar a menudo. El hombre, muy amable, la desmontó delante de mí, lo que me permitió observar todos los detalles del interior del furgón.

Ya tenía a mano todo lo necesario para el operativo. Había sacado las armas, el chaleco antibalas, la ropa que me pondría y los elementos del disfraz que usaría. El chaleco lo había comprado en una armería de Tampa (Florida). Recuerdo bien al dueño: un fascista, partidario de la supremacía blanca, que no paraba de hacer comentarios despectivos sobre los negros e hispanos. Me repugna comprar a individuos así, pero no vi otra forma de agenciarme una prenda indispensable de adquirir en España sin llamar la atención y que me resultaba fundamental, vital en el sentido literal de la palabra. Cuando el tiparraco me pidió la documentación, le mostré mi permiso de conducir del estado de Florida, expedido, claro, a nombre de otra persona: un ciudadano americano de origen cubano. Al ver que yo era hispano, el arma mero tragó saliva, pero mi piel blanca y mis ojos azules acabaron con fundiéndole. Incluso me dedicó una sonrisa cuando le pagué en efectivo los 500 dólares que me pidió por el chaleco. A esta gente le encanta que los clientes no usen tarjetas de crédito, pues así no se ven obligados a declarar la venta.

Volviendo al chaleco, hay que reconocer que era una preciosidad. Era capaz de detener proyectiles de los calibres 22, 9, 38, 357 Magnum y 45 ACP. Y, al menos en teoría, hasta podía parar balas de escopeta y proyectiles del 44 Magnum. No detenía balas de rifle o fusil, pero la pasma no suele llevar ese tipo de armas. En los años noventa era considerado como «tecnología punta», aunque tenía el inconveniente de que era un poco grueso y daba mucho calor. Sin embargo, como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga, y esta característica ayudaría a deformar mi aspecto físico, haciéndome parecer aún más corpulento.

Ya quedaba poco. Tras volver a comprobar que funcionaba perfectamente, introduje cuidadosamente la metralleta en la maleta. Aquella arma tenía un sistema de seguro extremadamente sencillo, aunque muy efectivo. Al dispararla, resultaba muy estable y precisa gracias al gran tamaño de su cerrojo y su baja cadencia. Aquel modelo de metralleta todavía sigue formando parte del arsenal del ejército de los Estados Unidos y de las Fuerzas Armadas de otros muchos países, lo que demuestra su calidad.

Antes de cerrar la maleta me aseguré de haber metido un cargador con treinta balas y otro doble, de repuesto. Noventa proyectiles en total. Comprobé también que había incluido las bridas eléctricas, un pequeño alicate y el aerosol de pintura negra. Todo estaba bien: en su sitio y en orden.

Ahora le tocaba el turno a la pistola que llevaba enfundada en la sobaquera. Estaba montada. Tenía seis cartuchos en el cargador y uno más en la recámara. Era un arma corta muy segura de la marca Ithaca, fabricada en Nueva York en la década de los sesenta. Procedía, según me dijo mi amigo Jean cuando me la regaló, de la guerra del Viet Nam, y fue recogida por insurgentes del Viet Cong del cadáver de algún oficial estadounidense muerto en combate. En la corredera se podía leer *U.S. Army property*, inscripción que yo mismo borré antes de esmerilarla y pavonarla para evitar su corrosión. Y como tenía las estrías muy desgastadas, le cambié también el cañón original sustituyéndolo por otro de acero inoxidable. Este obsequio fue para mí como la espada láser que conlleva la condición de guerrero *jedi* en la inolvidable película de George Lucas *La guerra de las galaxias*. Supuso una prueba de amistad y fidelidad, además de la definitiva pertenencia al grupo de anarquistas franceses con los que me inicié en las expropiaciones bancarias y otras acciones anticapitalistas. Fue en los años setenta y, desde entonces, era mi arma personal, la más querida de todas. Un arma muy potente, precisa y manejable, que imprime carácter. Por algo ha sido reglamentaria en el ejército de los Estados Unidos durante ocho décadas, habiendo sido utilizada en las dos guerras mundiales, en la de Corea y en la de Viet Nam, y copiada por infinidad de empresas armamentísticas de todo el planeta.

Me quedaba por revisar el portacargadores, que llevaría sujeto por mi cinturón de cuero. Estaba confeccionado en cordura, una fibra poliamídica de alta durabilidad y muy resistente a la abrasión, y contenía dos peines adicionales con seis balas cada uno, pues, en caso de un tiroteo con guardias o policías, toda la munición que se llevase resultaría escasa. Más en mi caso, que nunca apunto a las zonas vitales de mis enemigos, entre otros motivos porque soy consciente de que si llegase a matar a un agente del «orden», el Estado me perseguiría sin descanso y todos sus esbirros se tomarían mi captura como algo personal. Además, herir es mucho más difícil que matar, y para conseguirlo hay que disparar repetidamente. Los combates reales tienen muy poco que ver con los de ficción que nos pintan las películas de Hollywood. Así, una persona normal, estimulada por la considerable cantidad de adrenalina segregada en esos momentos, no percibe la sensación de dolor que causan las heridas de bala y, si no ha sido alcanzada en una zona vital, puede seguir abriendo fuego.

Era la hora del maquillaje. El asiento del copiloto con su correspondiente espejo me serviría de camerino. La barba y el bigote postizos requerían cierta dosis de habilidad y paciencia. El adhesivo podía convertirse en un obstáculo si no se aplicaba correctamente. Es curioso cómo unos pocos pelos pueden cambiar el aspecto de una persona. Me di cuenta de ese efecto en 1969, cuando, a mis 13 años, hacía mis pinitos cantando y tocando la guitarra junto a otros compañeros en el parque del barrio madrileño de la Concepción. Manolo, un chico mayor que nosotros, pero que, como todos, vestía al estilo *hippy* y también tocaba la guitarra, llevaba el pelo a lo afro y lucía con orgullo una barba y bigote bien poblados, hasta que un buen día le ofrecieron un contrato en una empresa. Presionado por las rancias normas sociales de la época, tuvo que cortarse la rizada melena y rasurarse. A pesar de ser un buen amigo, cuando me lo encontré después de tamaña transformación, no fui capaz de reconocerlo a primera vista. Lo hice, al fin, por la voz y por el chaquetón de pana que llevaba puesto. Parecía bastante más joven. Archivé aquella impresión en mi memoria, aunque, por entonces, sin efectos prácticos. Hasta algunos años más tarde no me sería de utilidad aquel recuerdo de mi adolescencia. Desfigurar la imagen para no ser identificado por policías ni testigos es un objetivo elemental para cualquier expropiador de bancos. Pero hay que hacerlo sin llamar demasiado la atención. Cualquiera que vea a una persona ocultando su cara con una máscara o un pasamontañas, salvo que sea Carnaval o se encuentre en una estación de esquí, sospechará de él inevitablemente. Mucho más si lo ve de esa guisa en las inmediaciones de una entidad bancaria. En cambio, a un hombre con el pelo largo y barba, le dirigirá, como mucho, una mirada distraída e inocua.

Convertido ya en el primo hermano del hombre-lobo, procedí a cambiar las matrículas de la furgoneta. Las españolas que coloqué en Mijas, provincia de Badajoz, no me convenían para la acción que iba a llevar a cabo, así que las sustituí por otras portuguesas. Como no me gusta dejar nada al azar, los números de las placas eran los de un vehículo exactamente igual al mío que había visto en un viaje anterior en el aparcamiento subterráneo de un centro comercial de Coimbra. En mis dos viajes anteriores había comprado allí lo que necesitaba y había comido en algunos de los restaurantes que hay en la planta superior, aunque nunca repetí local pues no quería que nadie se fijase en mí y me pudiese recordar posteriormente. Por cierto, desde que puse los pies por primera vez en Coimbra me había sentido observado. No sabría decir el motivo exacto, pero así era. Una mujer que me miraba con demasiado interés, otra que lo hacía con descaro... Y no una, sino varias eran las veces que

me había tropezado con ellas. Supuse que sería la forma de comportarse de las portuguesas cuando les gusta un hombre, porque, modestia aparte, soy bastante atractivo y no era la primera vez que me sucedía algo parecido. Además, un centro comercial es un lugar perfecto para que las mujeres liguen con los pocos hombres que entran solos a comprar. De hecho, estoy convencido de que mucha gente va a Carrefour con la intención primordial de encontrar su media naranja. Si lo piensan, mi hipótesis tiene mucho de lógica. Allí era un perfecto desconocido y una cara nueva que podía interesar a más de una mujer. Sin embargo, seguía preocupado. Había algo indefinido que no encajaba y mi agudo sexto sentido insistía en alertarme. Alguien me observaba, pero... ¿quién? Nadie, absolutamente nadie sabía que estaba en Portugal.

La furgoneta llevaba las matrículas 11-20ZX y parecía tan portuguesa como la Virgen de Fátima. Con ella había llegado sin incidencias a aquel lugar apartado y con ella, si, como esperaba, todo salía bien, cruzaría de regreso la frontera española al día siguiente para llegar unas horas después a mi casa de Las Rozas, a tiempo de comer con mi madre y mi hijo menor. Después, en una o dos semanas, volvería a Brasil a reunirme con mi querida Roberta, mi gran amor. Teníamos pensado viajar juntos a la próspera ciudad de Manaus, en el norte del país, muy cerca de donde confluyen el Amazonas y el río Negro. Para ello me había vacunado unos meses antes en Madrid contra la fiebre amarilla, pues es endémica en aquella región y carece de tratamiento eficaz. Les aseguro que no tenía ganas de pasar los últimos días de mi vida con la piel del color de los limones maduros para morir al fin entre vómitos de sangre coagulada.

Soy un buen conductor. Siempre he respetado las normas de circulación y, seguramente por esa buena costumbre mía, era muy raro que me parasen las patrullas motorizadas de la Guardia Civil de Tráfico. Además, un hombre solo manejando una furgoneta industrial es visto como un trabajador corriente y moliente, como un «currela» más que no llama la atención en absoluto. A esta impresión de normalidad ayudaba, sin duda, el hecho de usar regularmente matrículas falsas que, aún no se lo había dicho, fabrico yo personalmente. No les aburriré con detalles, pero les aseguro que falsificar matrículas es todo un arte. Sobre todo las placas españolas que, a saber por qué, son las únicas que llevan una marca de agua verdaderamente difícil de reproducir. La marca de marras es el escudo del reino de España, o lo que es lo mismo, la divisa de mi acérrimo enemigo: el Estado.

Dice el sabio refranero que gato con guantes no caza ratones. Podría decir igualmente que expropiador con guantes no sale bien parado del banco en el que ha entrado... si es que consigue entrar. En las películas



todo es más sencillo. En ellas vemos a los atracadores con sus manos enfundadas en guantes de cuero negro o látex blanco. Pero en el mundo real, las cosas no son así. Cualquiera que viera entrar a alguien en un banco con las manos enguantadas supondría inmediatamente que es un asaltante y le faltaría tiempo para dar la alarma. Y, por supuesto, sería impensable que, con lo protegidas que están las oficinas de los bancos españoles, todas dotadas ya con esas puertas de acceso que los cajeros abren a distancia después de ver por el monitor conectado a la cámara de vigilancia hasta el número que calza la persona que pretende entrar, sería imaginable, digo, que a una persona así ataviada, con guantes de cuero negro o látex blanco, le franqueasen siquiera la entrada a las dependencias de la sucursal.

En su momento, dediqué mucho tiempo a buscar la manera de solucionar ese problema. Sólo tenía claro que al expropiar un banco es menester no dejar huellas y para ello no queda más remedio que cubrirse las manos, aunque, eso sí, de la forma más discreta posible. Hasta que surgió la idea, espontánea, sencilla, eficaz y barata: esparadrapo quirúrgico de color carne, a la venta en cualquier farmacia. Desde entonces era lo que utilizaba siempre que realizaba un operativo, y me iba de perlas. Con un simple cúter, recortaba pequeñas tiras de esparadrapo, de distintas medidas, que dejaba preparadas en el salpicadero del vehículo, a punto para adherirlas a mis dedos y palmas justo antes de entrar en el banco a expropiar.

La mañana avanzaba. Salí de *Cirila* para acabar de ordenarla antes de partir hacia Figueira da Foz. Comprobé que los dos bidones metálicos estaban en su sitio. Aunque el depósito estaba repleto de gasoil, me gustaba llevar siempre un par de bidones suplementarios de combustible, de veinte litros de capacidad cada uno, para evitar desagradables sorpresas en caso de tener que huir por carretera. En el peor de los casos, esos cuarenta litros me permitirían llegar a Madrid sin tener que parar a repostar en gasolinera alguna. Todo estaba ya bien colocado. Sólo tenía que tapar todos los bártulos que llevaba en la parte trasera de la furgoneta con la lona de camuflaje y amarrarla bien.

El Renault Kangoo es un vehículo comercial, cerrado y opaco en su totalidad, con las únicas excepciones de las dos ventanillas y la luna delanteras. Es muy común y discreto, como corresponde a su función. A nadie se le ocurriría asaltar un banco usando como coche de escape un Ferrari Testarossa de color amarillo Piolín. El vehículo que se elija ha de ser muy común y pasar desapercibido. De ese modo, además, los sabuesos verán dificultada su labor, habiendo muchas probabilidades de que caigan en el desaliento y se den por vencidos dada la complejidad de la tarea. Aun-

que los ministros de la Porra se empeñen en vender lo contrario, lo cierto es que una característica de los policías españoles (y también de los portugueses) es que son unos vagos de siete suelas. No les gusta trabajar en absoluto y tienden a aplicar la ley del mínimo esfuerzo. Son pésimos investigadores y procuran ir siempre a tiro hecho, por lo que necesitan de soplonos que les informen. Les sobra arrogancia, prepotencia y chulería, y carecen de diligencia. Seguramente por eso, llevaban trece años intentando localizarme a cualquier precio, aunque sin resultado. Hasta habían montado una desproporcionada campaña mediática, difundiendo los datos que creían tener de mí por todas las cadenas de televisión. Si los contribuyentes supieran qué inútiles son sus policías, exigirían la devolución de sus impuestos.

Con la carga disimulada y bien amarrada, me quedaba aún un último detalle, pues de allí saldría directamente hacia Chez Botín. Me refiero a las tiritas caseras que había dejado parcialmente pegadas en el salpicadero. Hasta algo aparentemente tan sencillo como su colocación tenía su liturgia. Coloqué, pues, a la botella de acero de camping-gas el accesorio de estufa y me puse a la faena. Aquella estufa me había confortado en más de una noche invernal, de esas en que la temperatura cae por debajo de cero y se es carcha hasta el aliento. Sin embargo, había que tener cuidado al encenderla dentro de un vehículo, pues consumía el oxígeno del interior y desprendía dos gases más que peligrosos: anhídrido carbónico y monóxido de carbono, que tiene efectos letales en quien lo respira prolongadamente. No obstante, la estufa tenía entonces otro cometido: secar el pegamento con el que iba a embadurnar la piel de mis manos antes de fijar en ellas el esparadrapo que evitaría que dejase huellas dactilares en el banco.

Aquella expropiación sería la última de mi carrera, pues había decidido llevar una vida más pausada junto a mi adorada Roberta, que me esperaba en Sudamérica. Desde que la conocí sólo pensaba en ella. Jamás había amado tanto a una mujer. Cuando nos reuniésemos en Brasil, compraría mosuna *chácara*<sup>1</sup> donde construir un hogar en el que empezar una nueva vida. Ya estaba harto de Europa. Me aburría solemnemente tanta hipocresía institucionalizada. Desde que conocí la República Federativa do Brasil, que así se llama oficialmente aquel país, sé que allí está mi casa. Me gusta su gente, su naturaleza desbordante, su fauna... Es verdad que allí la violencia social campa por sus respetos; que los policías son más criminales, si cabe, que los de aquí; que, como en todos lados,

---

1.- En Sudamérica, alquería o granja [Todas las notas al pie de página son del editor].

los políticos son ladrones sin escrúpulos; pero la gente, la gente normal, es maravillosa. Allí todo es música y baile. Todo tiene ritmo, empezando por sus mujeres. ¡Sus mujeres! No tienen parangón en el planeta. Sé de lo que hablo, pues he viajado mucho y he conocido un gran número de países, entre ellos Suecia, donde las mujeres también son muy hermosas, pero las brasileñas son una inigualable sinfonía de belleza y calidez. Supongo que a ello ha contribuido la mezcla de razas, habiendo sintetizado lo más dulce de cada una de ellas. Son encantadoras y me fascinan. Aunque todavía no dominaba el portugués, estaba seguro de que lograría hablarlo con corrección en poco tiempo. Será mi quinto idioma, tras el castellano, el italiano, el inglés y el francés.

Una mirada al reloj digital del cuadro de mandos me devolvió a la realidad inmediata. Se acercaba la hora de partir y aún no me había vestido para la ocasión. Mientras elegía las prendas que me iba a poner, repasé el plan de fuga. Tenía que recorrer rápidamente la escasa distancia que había del banco hasta el aparcamiento en el que me esperaría la furgoneta. Cualquiera segundo que ganase podía ser precioso, así que dejaría la llave de contacto puesta, oculta a la vista por un poco de plástico negro, y la puerta delantera izquierda, por la que entraría, estaría cerrada pero sin bloquear. Tiraría la maleta con el dinero en el suelo, bajo el asiento contiguo, y arrancararía el motor, saliendo del lugar lo antes posible, aunque evitando llamar la atención. Cogería por la avenida Otelo Saraiva de Carvalho, en dirección a Vila Verde, una *freguesia*<sup>2</sup> de Figueira da Foz, circulando en paralelo al río Mondego. El plan estaba bien concebido. Me llevó varios días elaborarlo, pero estaba satisfecho. Como en todas las actividades, en esta mía había que estar al día en lo que a novedades tecnológicas se refiriese. Así, gracias a los programas Google Earth y Google Maps, pude ul timar todos los detalles sobre el terreno. En mi cuaderno de viaje había anotado cada una de las carreteras y cruces que me iba a encontrar desde allí hasta la Extremadura española, además de las distancias kilométricas y las coordenadas. Todo estaba previsto.

Comenzó entonces la sesión de peluquería, maquillaje y utilerías varias. Me eché el pelo hacia delante y lo peiné con dilación, que las actividades expropiadoras no están reñidas con la coquetería y era consciente de que serían muchos pares de ojos los que iban a mirar con lupa en los días siguientes las imágenes de mi persona que capturasen las cámara

---

2.- *Freguesia* es el nombre que en los países lusófonos se da a las organizaciones administrativas en las que se divide un municipio o *concelho*. La traducción literal es «feligresía», pero también puede significar parroquia, pedanía, distrito o barrio, según los casos.

ras de vigilancia de la sucursal del Santander Totta que me proponía vaciar. Lo fijé con una laca extra fuerte para que me tapara la frente y escondiese en parte el óvalo de mi cara. Como me había teñido el pelo un par de días antes, no tenía que preocuparme de tan engorroso trámite. El tinte, además de ocultar las canas propias de los 51 años que había cumplido hacía medio año, tenía la misión de dificultar la labor de la brigada de policía científica. Todo el mundo sabe, gracias a la serie CSI, que, cuando los sabuesos son realmente profesionales, recogen muestras de todo lo que se encuentran en el lugar de los hechos, especialmente cabellos y restos de fluidos corporales que les permitan posteriormente trazar un perfil genético que comparar con los archivados en su base de datos, o, en caso de no encontrar correspondencia, añadirlo a la misma para cuando se produzca la detención de algún sospechoso. La pasma borbónica dista mucho de ser buena en lo que hace, pero, por si acaso hay en su plantilla una excepción que confirme la regla, no iba a ser yo el que se lo pusiera fácil. Para extraer el ADN de un cabello, necesitan que este esté libre de impurezas y, desde luego, que no esté teñido. Y a mí no me suponía un gran problema fastiñarles, pues, lavándolo con normalidad, el tinte desaparece en una semana.

Me puse el pantalón y el cinturón, que, además de impedir que me quedase en calzoncillos en medio de la operación (lo que, indudablemente, restaría solemnidad a la misma), era el encargado de sujetar el portacargadores con las balas. Por supuesto, toda la munición estaba limpia de huellas. Si no hubiera sido así y me hubiese visto obligado a disparar, hasta aquellos zotes me habrían localizado por los casquillos. Como soy diestro, el portacargadores lo llevaba siempre a la altura de mi riñón izquierdo, así quedaba cubierto por el faldón de la americana a la vez que resultaba fácilmente accesible con la mano zurda. Me enfundé una camiseta de algodón, y, sobre ella, el oneroso pero necesario chaleco antibalas. La función de la camiseta era clara: absorber el sudor y evitar irritaciones dérmicas. El chaleco no me lo pensaba quitar hasta que estuviera en España, lo que, como he dicho, no sucedería hasta el día siguiente, pues tenía previsto pasar aquella noche en algún punto remoto de la geografía portuguesa, dentro de la ruta trazada para huir. Había elegido para el evento una camisa azul de marca y una amplia y elegante chaqueta de diseño, de la talla XXL y de la marca Emidio Tucci, de las que vende en exclusiva El Corte Inglés y que, pese a lo italiano del nombre, se fabrican en la localidad sevillana de San Juan de Aznalfarache, pagando por la mano de obra salarios de miseria. Aunque creo que es asturiano y no cántabro, Isidoro Álvarez debe de ser pariente de Botín. La chaqueta tenía que ser algo holgada para que cubriera bien las armas y el

chaleco antibalas, aportándome, de paso, una apariencia más voluminosa que ayudase a confundir a los testigos.

Bajo la americana, no podía faltar el complemento de rigor: mi pistola *Betsy*, compañera y amiga, bien ajustada en la funda sobaquera. La había colocado bajo mi axila derecha pues, cuando saliera del banco, llevaría en la izquierda la metralleta, con el cañón metido entre el cinturón y el pantalón, única manera de camuflarla con éxito. Aparte de mi inseparable *Betsy*, tenía en España un revólver Smith & Wesson del calibre 357 Magnum, al que había bautizado *Señor Distinguido* por ser del modelo 581 Distinguished Service, y otra pistola semiautomática de la marca Browning y del modelo Hi-Power, a la que llamaba cariñosamente *Morenita*. En cierta ocasión, asistí a un curso sobre manejo y uso de armas de fuego. Ronald, un ex policía de Miami que hacía las veces de instructor, nos dijo a los alumnos, utilizando un lenguaje abiertamente machista, que las armas son como las mujeres, todas diferentes y temperamentales. No seré yo el que le dé la razón en su referencia a las mujeres, pero sí he de concedérsela en lo relativo a las armas. Sé por experiencia que cada arma de fuego, aun siendo de la misma marca y de idéntico modelo, tiene un comportamiento diferente. Unas se desvían hacia arriba o hacia abajo, otras hacia la derecha o hacia la izquierda, da igual que tengan las miras regulables. Es una ley universal de la armamentística. Para más inri, cuando menos te lo esperas, hacen algo anómalo, incluso dispararse sin motivo aparente, como si tuvieran vida propia. No puedes confiar en ellas al cien por cien. Nunca jamás. Y no solo se pueden presentar problemas con la munición o los cargadores. Hasta los revólveres, que son mucho más fiables que las pistolas semiautomáticas o las metralletas, a veces se niegan a girar el tambor o a dejarle salir del armazón.

Llegó la hora. Todas las puertas estaban bien cerradas. ElGPS y la antena exterior se encontraban al alcance de mi mano. Arranqué el motor de la furgoneta y conecté el aire acondicionado. Entre el calor propio de aquel día de julio, la ropa de trabajo y el agobio del chaleco antibalas, el aire fresco era un bien de primera necesidad. Había calculado que debía entrar en Chez Botín sobre las 13.30 horas, así que, considerando que tenía media hora de viaje hasta el aparcamiento de la avenida Saraiva de Carvalho, me sobraba tiempo. Por cierto, el personaje histórico de Otelo Nuno Romão Saraiva de Carvalho, que ese es su nombre completo, siempre me ha caído muy bien. Fue el organizador principal de la *Revolução dos Cravos* que tanta ilusión produjo aquel lejano 25 de abril de 1974 entre la progresía internacional. Cuentan que a las 00.25 horas de ese día, la emisora Radio Renascença retransmitió una de las canciones prohibidas del cantante maldito de la dictadura José Afonso: *Grândola, Vila*

*Morena.* Era la señal que esperaban los oficiales del Ejército integrados en el Movimento das Forças Armadas para ocupar los puntos estratégicos del país. Al cabo de solo seis horas, la revolución había triunfado y Marcelo Caetano, último primer ministro del llamado «Estado Novo»,<sup>3</sup> partía, exiliado, hacia Brasil, donde fallecería en 1980. A pesar de los continuos llamamientos radiofónicos de los «capitanes de abril» a la población para que permaneciera en sus hogares, centenares de miles de portugueses, hombres y mujeres de todas las edades, se echaron a la calle para acompañar a los militares sublevados. Un hecho clave de aquella fecha fue la multitudinaria marcha de Lisboa, caracterizada por los cla-veles rojos que portaban los manifestantes, lo que dio nombre a la revolución. Años después, en 1980, Otelo Saraiva de Carvalho dirigirá la organización política comunista Fuerza de Unidad Popular, llegando a ser detenido y encarcelado en 1984 bajo la acusación de ser el «autor moral» de las acciones militares de las clandestinas Fuerzas Populares 25 de Abril, aunque la presión popular, portuguesa e internacional, consiguió rescatarlo pronto de la prisión y devolverle la libertad de la que, afortunadamente, continúa gozando, pues sigue vivo y coleando, luchando por la transformación de este mundo inhóspito en otro más amable, justo y solidario. Comprenderán ahora mi simpatía por este hombre incorruptible, al que muchos jóvenes como yo (quien esto escribe tenía entonces 18 años), que sufríamos en el país vecino los estertores de la dictadura del general Franco, considerábamos un punto de referencia y un ejemplo a seguir. Como es sabido, no pudo ser y hoy ostenta la Jefatura del Estado español el sucesor designado por el propio dictador. Pero esa es otra historia.

Metí primera y la furgoneta comenzó a moverse muy despacio. Como iba bien de tiempo, decidí dar una vuelta alrededor del banco sin salir del vehículo, más que nada por ver si se había producido algún cambio de última hora que pudiera afectar a mis planes. Ya saben, una calle cortada, un accidente de tráfico... Sólo me gustan las sorpresas cuando las doy yo. Después de recorrer algo menos de un kilómetro del camino forestal junto al que había pasado la noche, llegué a la deteriorada carretera rural que lleva a Quiaios, el pequeño y tranquilo pueblo que dista apenas diez kilómetros de Figueira da Foz. Era una vía habitualmente desierta, por la que circulaban poquísimos coches. Por eso se me encendieron las luces de alarma cuando vi con sorpresa que delante de mí circulaban dos vehículos, uno rojo y otro azul, y ambos, además, con matrículas

---

3.- Régimen dictatorial vigente en Portugal entre 1933 y 1974.

españolas. Tanta casualidad no era normal. Los miré con más detenimiento y observé que eran muy similares a los «K», los coches camuflados que usa el Cuerpo Nacional de Policía, de modelo y gama demasiado discretos, elegidos especialmente para no llamar la atención y que la gente no se fije en ellos. Me preció de olfatear de lejos a la pasma y el olor a chamusquina se incrementaba por momentos. Respiré profundamente e intenté sosegarme diciéndole para mi capote que seguramente serían turistas, ya que estábamos en pleno julio y muchos españoles pasan en ese mes sus vacaciones en Portugal, sobre todo en la costa. Y como mi furgoneta llevaba matrícula portuguesa, no tenía nada que temer, pues los conductores de esos vehículos pensarían, lógicamente, que era un ciudadano portugués. Además, nunca antes había expropiado un banco en Portugal, por lo que, a diferencia de España, allí no me perseguía la Policía ni habían difundido mi retrato robot, y aunque a los tipos de los coches que me precedían les sonara mi cara, llevaba una barba y un bigote que la hacían irreconocible.

—¡No tengo nada que temer! —me dije.

Más tranquilo, decidí adelantar a los dos vehículos para poder observar mejor a sus ocupantes. Ya los había dejado atrás y no había visto más que a los dos conductores. Ambos tenían mala pinta y aparentemente viajaban solos. Otra vez el olor a dóberman. Podrían ser policías. Volví a dudar. Como son tan sumamente cobardes, suelen viajar en grupo. Ya lo dice el refrán: «La pasma española nunca mea sola».

—Será una casualidad —me volví a decir.

Sin embargo, mi sexto sentido insistía:

—Jaime, no te fíes de las casualidades.

Desde luego, si aquello me llega a su ceder en España, hubiese sido causa más que suficiente para abortar la misión. Ya expropiaría a Botín en otra de sus cuevas. Pero, recordando a las mujeres que me miraron fijamente en Coimbra, me pregunté de nuevo:

—¿Quién puede saber que estoy en Portugal?

Continué conduciendo hacia Figueira da Foz, aunque ya no viajaba solo: me acompañaba una enorme mosca que se había posado detrás de mi oreja.

En los minutos siguientes detuve la furgoneta en varias ocasiones para cerciorarme de que nadie me seguía. La verdad es que no había vuelto a ver ningún vehículo sospechoso, solo algunos coches portugueses conducidos por otras tantas mujeres jóvenes, todas ellas diferentes. Nunca la misma. Siempre me he ufano de tener una memoria fotográfica y, en caso contrario, me habría dado cuenta inmediatamente. No había rastro de los dos turismos españoles. Ya estaba más calmado. Crucé

Quiaios, aceleré, metí la quinta y enfilé hacia Figueira da Foz sin más sobresaltos. Cuando llegué a la ciudad, tomé la avenida dedicada a mi admirado Saraiva de Carvalho con la intención de pasar por última vez por delante del que seguía siendo mi objetivo. Observaría detenidamente los alrededores del banco y, si no había novedad, dejaría la furgoneta en el aparcamiento previsto, lo más cerca posible de la puerta del Santander Totta. Cuando, al fin, tuve a la vista Chez Botín, detecté algo extraño que volvió a alertarme. Junto a la sucursal que iba a expropiar, había un bar que disponía de una terraza techada, protegida lateralmente por mamparas de cristal y refrigerada, como correspondía a aquella época del año. Además, ordenadas en la acera, varias mesas y sillas, apenas resguardadas de los rayos del sol por unas descoloridas sombrillas, ampliaban el aforo del local, formando una especie de prolongación al aire libre del mismo. Habiendo, como había, plazas libres en la carpa cubierta, el insostenible calor y el sentido común invitaban a cualquier inopinado cliente a desechar las mesas del exterior y degustar su consumo dentro de la terraza. Primera circunstancia sospechosa: mientras todas las mesas al aire libre estaban pegadas a la terraza y tenían cada una su respectiva sombrilla, había una separada, sin parasol y a pocos metros de la entidad bancaria, que estaba ocupada por tres jóvenes fornidos, uno de los cuales lucía una gorra roja de béisbol. Segunda circunstancia sospechosa: los tres estaban sentados a pleno sol y no se veía bebida alguna sobre la mesa. Era posible que se acabasen de sentar y aún no les hubiera atendido el camarero, pero, fuera como fuese, estaban demasiado cerca de la puerta del banco por la que había de salir al cabo de un rato, lo que suponía una auténtica contrariedad. Podían percatarse fácilmente de lo que pasaba en el interior de la sucursal y dar la alarma. Era muy peligroso y, desde luego, no me convenía en absoluto, así que pensé en abortar la operación. Ya era la segunda cosa extraña que me había sucedido en la última hora y mi sexto sentido me aconsejaba con insistencia abandonar el proyecto.

Cavilando sobre estos extremos, di la vuelta a la plaza y me detuve ante el semáforo en rojo. Cuando cambió a verde, me incorporé de nuevo a la avenida y vi que, a mi derecha, el aparcamiento tenía muchas plazas disponibles. Incluso había varios sitios libres cerca de la máquina expendedora de tiques. La tentación de continuar con el plan era muy fuerte, pero los tres individuos de marras seguían sentados en la mesa tan inconvenientemente cercana a la puerta principal del banco. Cuanto más me fijaba en ellos, peor espina me daban. Lejos de mostrarse relajados, como sería lo lógico en unos clientes normales, aparentaban estar sometidos a una gran tensión. Estaba decidido: desde aquel momento



quedaba abortada la expropiación. Pasé de largo la entrada al aparcamiento y salí de Figueira da Foz en dirección a Vila Verde, siguiendo la ruta de escape prevista, paralela al río Mondego. Al llegar a la pedanía, continué conduciendo algunos kilómetros más sin un rumbo concreto. Por fin, metí a *Cirila* en un entrante cualquiera de la vía y me detuve en un descampado imposible de ver desde la carretera.

Había parado allí para seguir pensando, pues en el fondo me resistía a irme con la maleta vacía. Había dejado el motor encendido para seguir disfrutando del aire acondicionado. Como había llegado a la sucursal con tiempo de sobra, aún podría entrar y llevarme la cantidad necesaria para hacer realidad mis proyectos con Roberta. El plan era bueno. El banco era bueno. Había invertido grandes dosis de esfuerzo, tiempo y dinero para llegar hasta allí. Los inoportunos tipos aquellos, lo mismo habrían desaparecido cuando regresase al banco. Repasé mentalmente otras expropiaciones y recordé cómo algunas veces me habían sucedido cosas parecidas. Efectivamente, en varias ocasiones me había encontrado en situaciones extrañas, aparentemente comprometidas, que, después de consumir las expropiaciones, resultaron carecer de fundamento. No eran más que jugarretas de mi imaginación, desbordada por la tensión del momento y por la lógica desconfianza.

Sólo yo sabía lo difícil que es expropiar un banco en solitario, el trabajo tan duro que supone y el desgaste psicológico que ocasiona. Eso por no hablar del miedo inherente a los seres humanos cuando nos sabemos en peligro. El temor es una reacción natural de las personas normales ante una situación de riesgo. Nunca he confiado en quienes se pavonean de no tener miedo. Están locos y son peligrosos. La diferencia entre una persona valiente y otra cobarde estriba sencillamente en que la primera tiene miedo, pero es capaz de controlarlo y actuar; la segunda, sin embargo, tiene miedo igualmente, pero al no conseguir controlarlo, reacciona indefectiblemente de manera poco edificante: o se queda paralizada o huye como alma que lleva el diablo. Y yo sabía que podía controlar mi miedo, al menos temporalmente, quizás ayudado en parte por la adrenalina que segregaba la masa medular de mis glándulas suprarrenales cuando me disponía a emprender una acción. Es algo que he experimentado varias veces y que ha quedado demostrado en determina dos casos prácticos.

Eché un vistazo al reloj del cuadro de mandos de la furgoneta; el de pulsera marcaba la misma hora. Si iba a llevar a cabo la expropiación, aquella era la última oportunidad que tenía para ello. De retrasarme más, ya no podría hacerla aunque quisiera, porque sería demasiado tarde y tanto la puntualidad como la precisión eran virtudes fundamentales en

mi actividad. Volvería al pueblo. Si aquellos tres tíos raros seguían sentados en la mesa sin consumir alguna bebida, abortaría definitivamente la operación. Arranqué la furgoneta. Volví a bordear el río Mondego, esa vez en sentido contrario, y, tras pasar de nuevo Vila Verde, se presentó ante mis ojos, al final de la recta carretera, la dichosa Figueira da Foz, que Manitú confundía. Otra mirada al reloj me indicó que todavía estaba a tiempo.

Entré en el pueblo. Había poco tráfico, como corres pondría a la sagrada hora de la comida principal, sobre las 13.30 en Portugal, por lo que llegué al banco en un periquete. Todo estaba tranquilo. Los tres jóvenes que tantas cuitas me habían causado en tan poco tiempo habían desaparecido del mapa. No esperé más. Había llegado la hora. Recorrí por última vez el camino hasta el aparcamiento y estacioné a *Cirila* junto al expendedor de tiques, al lado derecho de otro vehículo de mayores dimensiones que impediría que se viera la furgoneta. Salí del vehículo con un euro en la mano, justo para abonar media hora de aparcamiento, el tiempo suficiente para ejecutar la expropiación. Depositó el resguardo sobre el salpicadero, de manera que fuera bien visible desde el exterior y no despertase sospechas en el vigilante.

Me puse, al fin, en marcha hacia mi objetivo. Ya estaba en la avenida. La crucé sin respetar el paso de cebras, que quedaba lejos de mi posición. Caminé hacia el Santander Totta. Cerca del banco, en la esquina, estaba la oficina de otra entidad: la Caixa Agrícola. Yo, a lo mío. Me dirigí hacia la puerta trasera de Chez Botín, la que daba a la plaza donde se encuentra el Ayuntamiento. Vi que había varios coches aparcados, entre ellos un furgón Ford Transit de color crema. Junto a él, se encontraba una mujer de pie, sola en la acera, a la que no presté mayor atención. Hice mal.

NO HABÍA HECHO MÁS QUE REBASAR A LA MUJER Y AL FURGÓN, cuando oí claramente los pasos acelerados de alguien que corría tras de mí. No me dio tiempo a girar la cabeza. De repente, a traición, sin una voz de aviso, me atacaron por la espalda, derribándome. Gente que no distinguí se me echó encima, pese a encontrarme abatido sobre el pavimento. No podía moverme, pero empecé a ver las caras de mis agresores. Oí voces en portugués. Me inmovilizaron en el suelo de la calle pisándome las manos, y sentí que alguien me retorció una pierna. Me habían arrancado la metralleta y la cartera. Uno de la jauría me electrocutó con no sé qué aparato. Otro me dio la del pulpo. Afortunadamente, el chaleco protector amortiguó los puñetazos y las patadas. Varios me pisaron la cabeza.

No había que ser adivino para darse cuenta de que había caído en una emboscada policial. Me acababan de atrapar. Los muy bestias me incorporaron a golpes. Iban armados y, como yo, también vestían chalecos antibalas. Uno, que portaba una escopeta negra de corredera, fue el encargado de esposarme. Lo hizo con extrema violencia mientras otro me quitaba mi querida pistola. *Betsy* se fue con ellos a la fuerza, justo en el momento en que me metían a empujones en el furgón Ford Transit. Aunque estaba fuertemente esposado, siguieron pro pinándome golpes en la cara, en el pecho, en las costillas y en las piernas. De vez en cuando, un policía especialmente sádico me sometía gratuitamente a tremendas descargas eléctricas. En tan grata compañía viajé hasta Coimbra, entre cantos de sirena bastante menos armoniosos que los que subyugaron a Odiseo en su periplo a Ítaca. Después de un rato que se me anto-

jó una eternidad, el furgón entró en el patio de un edificio. Era el cuartel general de la Policía Judiciaria.

Me dejaron solo en una habitación. Tenía las manos esposadas a la espalda y me encontraba en estado de *shock*, pero, al menos, podía respirar unos momentos y, sobre todo, pensar. Me hallaba absolutamente confundido, e intentaba comprender lo que había pasado. ¿Cómo habían llegado hasta mí aquellos polizontes? Mientras intentaba aclarar mis ideas, irrumpieron en el cuarto varios policías que me obligaron de malos modos a acompañarles. A trompicones, me hicieron caminar por el laberinto de pasillos del pequeño Guantánamo conimbricense, salpicado de puertas. Nos detuvimos ante una que estaba abierta y parecía esperarme amenazante. De un rotundo empujón me introdujeron en la nueva habitación, bastante más amplia que la anterior y plagada de policías.

Todos los allí presentes me miraban con la curiosidad de quienes contemplan una atracción de feria. Me hicieron preguntas en portugués que no contesté. Comenzó entonces la sesión fotográfica. Por unos momentos, me sentí en la piel de Julia Roberts. Teléfonos móviles, cámaras de fotos, videocámaras... todo les valía para inmortalizar mi imagen. Me entretuve posando a mi manera, deformando la expresión de mi cara con muecas que invalidaran el posterior uso de mi rostro impreso. Me ordenaron que pusiese la cara normal. No les hice el menor caso y los valientes volvieron a pegarme.

Para entonces ya había averiguado con qué me producían las descargas eléctricas. Disponían de una pistola Stun gun. Lo supe cuando se la vi en la mano a uno de los policías de la división de combate al banditismo de Lisboa que se había desplazado hasta Coimbra para hacerme los honores, el mismo que me «picaneó» en el momento de la detención. Tras sentarme a la fuerza en una banqueta, aquella bestia no dudó en regalarme otra sesión de martirio. Como estaba frente a mí, parcialmente agachado y concentrado en galvanizarme la pierna derecha, aproveché para poner las cosas en su sitio. Le desarmé de un certero puntapié. La pistola eléctrica saltó por los aires y aterrizó sobre el piso haciéndose añicos. Aquel sádico se había quedado sin juguete y a mí, genio y figura, me dio la risa.

Mi pequeña victoria fue la excusa perfecta para aquellos torturadores, que me sometieron a una rueda de patadas y puñetazos. Los golpes en la cabeza eran los peores, pues los que me daban en el tronco, aunque eran muy violentos, me llegaban amortiguados por el bendito chaleco antibalas que aún no me habían quitado. Alguno de los mercenarios intentó machacarme los testículos, pero me salvó la campana, pues otro con más luces mandó parar antes de que terminasen desfigurándome,

estando, como estaban, los periodistas en la puerta de las dependencias policiales, esperando la anunciada conferencia de prensa en la que se iba a comunicar mi detención.

A propósito de las fotografías de ese día, les adelanto que tendrían consecuencias al año siguiente, cuando, trasladado a Pamplona para la vista por los guardias civiles ametrallados en Castejón, el representante de la acusación particular, el abogado navarro (y ex guardia civil) José Aguilar, a la vista de las muecas descritas, sacó la peregrina conclusión de que me estaba carcajeando en el momento en el que me las sacaron, lo que suponía una ofensa para los familiares de los dos guardias muertos en acto de servicio. Una solemne estupidez que ni él creía. ¡Como si yo me hubiese divertido mientras me torturaban! Pero ya les hablaré de este picapleitos en su momento. Por ahora, sigo en manos de los especialistas de Coimbra, que han tenido el detalle de pausar la paliza y me están tomando las huellas dactilares.

Con los dedos aún impregnados de tinta, me condujeron a otra habitación en la que, para mi sorpresa, se hallaba la mujer que vi junto al furgón en Figueira da Foz. Me contó que el Ford Transit estaba lleno de policías y que fue ella misma quien dio la señal para mi detención. Otro mercenario allí presente me dijo que la Guardia Civil me venía siguiendo desde que salí de Las Rozas y que Cirila llevaba instalado un localizador por satélite. Comprendí que solo podían haber instalado la radiobaliza GPS unos días antes, cuando dejé la furgoneta en un taller de chapa cercano a mi casa para reparar una pequeña abolladura. Casualmente, el conductor del coche con el que me choqué era un guardia civil apellidado Verde. ¿Sería uno de los picoletos encargados de seguirme? Pensándolo bien, aquel incidente fue muy extraño. El guardia cometió una infracción, lo que causó el venial accidente, e inmediatamente hicieron acto de presencia en el lugar varios polizontes más, todos de paisano, que mostraron su apoyo al compañero infractor. Ahora me doy cuenta de que aquella bien pudo ser una estratagema para obligarme a llevar la Kangoo a reparar y así tener ellos vía libre para manipularla a su antojo, pues en el garaje de mi casa les resultaba imposible.

En la habitación, los policías portugueses comenzaron a interrogarme. La primera pregunta me sonó a chiste, pues querían saber mi nombre y apellidos. Casualmente, en ese momento el fax expulsó una copia de mi documento nacional de identidad, así que les dije que lo leyeran y no preguntasen obviedades. Mejor aún: que no preguntasen, a secas. Un polizonte me soltó un bofetón por detrás de la silla a la que estaba esposado y me dijo algo sobre unos amigos policías españoles. Amigos suyos, claro, que yo no me codeo con esa morralla. Mientras aquello sucedía,

observé que el jefe del grupo, un tal Almeida Rodrigues, se entretenía manoseando mi pistola *Betsy*. Le había quitado el peine y debía de pensar que ya no podía disparar, lo que era un error porque tenía una bala en la recámara y yo la había manipulado para que pudiera disparar incluso cerrada y sin cargador. Con un poco de suerte, lo mismo el tipejo se volaba los sesos o se llevaba por delante a uno de sus subordinados. Lástima que otro de los *pdís* se percatara de que la recámara no estaba vacía y sacase el proyectil accionando hacia atrás la corredera. Ellos discutían y yo sonreía. En aquel instante entraron en la habitación unos cuantos *policiasespañoles*.

El policía nacional Santiago Calvo Cogollo, con número de placa 18.730, me dijo:

—Sabemos que has estado en Austria.

En ese preciso instante supe quién había sido el soplón que me había delatado. De hecho, pronuncié el nombre de pila del chivato y el madero tragó saliva. El que calla, otorga.

Al tiempo, el mismísimo comisario Juan Manuel Calleja, de la Unidad de Delitos Especializados y Violentos, entró acompañado de dos de sus hombres y se incorporó a la tertulia. Intentó coaccionarme:

—Es mejor que hables y hagas un trato con nosotros. De lo contrario, detendremos en Brasil a tu novia Roberta.

—Mira, *poli* —respondí mirándole a los ojos—, tú no tienes poder para tratar conmigo. Además, al final haréis los que os dé la gana, así que no tenemos nada que negociar. Eres un insolvente.

A Calleja se le salían los ojos de las órbitas. Yo rechazaba su ofrecimiento y además me atrevía a tratarle de «*poli*» y a llamarle «insolvente». Uno de los dos *esbirros* que le acompañaban intervino:

—No hace falta. Tenemos todas las pruebas que necesitamos para *em purarte*.

El segundo, más joven, terció amenazante:

—Has tenido suerte. Si te llegamos a agarrar en España, no lo cuentas.

—No creo que tú lo consiguieras, *botarate* —le espeté con sorna.

Y añadí dirigiéndome a los portugueses:

—Por favor, alejen de mí a estos policías extranjeros, porque me están amenazando y no quiero hablar con ellos.

Ante mi solicitud formal, a Calleja y a sus secuaces no les quedó otro remedio que abandonar la habitación, invitados a ello por sus compañeros lusos. Los maderos echaban humo por las fosas nasales, como los toros. No habían obtenido nada de mí y se volvían a Madrid de vacío. Estaban verdaderamente cabreados. Pero la venganza de los policías *borbónicos* y de la Guardia Civil no se haría esperar. Horas más tarde, blan-

diendo unos confusos permisos judiciales y sin testigos, la pasma entraba en la casa de Las Rozas, propiedad de mi madre, como elefantes en una tienda de porcelanas.

Lo mismo sucedería en la nave industrial de Pinto, propiedad de Anita, mi ex pareja. Necesitaban apuntarse algún tanto y disponían de poco tiempo. Así, se comportaron como suelen: rompiendo puertas y arrastrando con todo lo que encontraron. Todavía hoy, a la hora de escribir estas líneas, no sé con certeza qué confiscaron. Por mi familia sé que se llevaron mis tarjetas de la seguridad social y del seguro médico privado junto con mi pasaporte en vigor, además de documentos de altísimo valor policial como mis títulos de piloto de helicópteros y de patrón de embarcaciones de recreo. He conseguido inventariar también una cámara fotográfica digital, una cámara portátil de vídeo, dos transmisores de radio, el ordenador portátil de mi hijo Jaime (con el que yo solía comunicarme con Roberta gracias al programa gratuito Skype) y una moneda de oro de cincuenta pesos mejicanos, de 28 gramos de peso, que tenía para mí un gran valor sentimental por ser un regalo de mi difunta tía Natividad.

Por otro lado, arramplaron con mis viejos álbumes de fotos en soporte de papel, todas ellas recuerdos familiares, y con muchos discos compactos con fotografías digitalizadas de mi familia, de mis novias y mías. Se llevaron incluso, al mejor estilo de *Fahrenheit 451*, todos los libros que yo había comprado en EEUU, absolutamente legales. Y, como colofón, se apropiaron de unas gafas de visión nocturna, propiedad de mi ex compañera Anita, que ambos solíamos usar para ver las estrellas por la noche en los tiempos en que éramos una romántica pareja bien avenida. Esas gafas nunca fueron usadas en expropiación alguna. Jamás las he utilizado en mis acciones. Simplemente, algún mangante de los que participó en el registro policial se encaprichó de ellas y se las llevó.

En la nave industrial, las urracas uniformadas hicieron otro tanto, llevándose las herramientas y los aparatos que se les antojó. Entre ellos, un comprobador electrónico de sistemas para vehículos. Luego, con la inestimable complicidad de Falsimedia en su calidad de cuarto poder del Estado, los hipnotizadores encargados de las Relaciones Públicas del Ministerio del Interior presentaron ante la opinión pública una historia fabulada según la cual yo dejaba en pañales al mismísimo Rambo. Especialmente vergonzoso fue el bodegón de armamento que salió en todos los telediarios tras mi detención, construido con un fusil de plástico, varias pistolas de aire comprimido, el revólver de juguete de mis hijos y un tubo metálico con agujeros de los que usan como atrezo los extras de cine. Solo un par de pistolas y un subfusil eran de verdad, pero ya cono-

cen ustedes la costumbre que com parten los periodistas y los policías españoles de amoldar, como Procusto, la realidad a sus intereses.

Pero estos extremos no los conocería hasta días después, estando ya en prisión. En aquel momento me encontraba aún en el cuartel general de la Policía Judicial de Coimbra, frente a un polizone portugués que me preguntó si iba a declarar. Le respondí que no. Él me informó entonces de que las leyes portuguesas establecen que cuando un detenido ha sido atrapado en flagrante delito (léase con las manos en la masa), este debe ser puesto indefectiblemente a disposición judicial en el plazo máximo de 24 horas. Me di por enterado y, como no teníamos más que decirnos, me trasladaron a un calabozo en el que me esperaba una bandeja con la cena. No tenía apetito pero sí calor, así que me duché sin apenas tocar la comida. Sucio, sudado y magullado como estaba, el agua caía sobre mi cuerpo como un bálsamo. Me tumbé en el catre y dejé volar mi imaginación.



PENSÉ EN ROBERTA, MI AMOR. Era consciente de que todos nuestros planes se habían arruinado aquel día. El futuro se había oscurecido de repente. No sabía siquiera si volvería a ver a mi pareja, pues nos separaba un océano, ni si nuestro amor saldría indemne de la dura prueba que le esperaba. Encerrado en la celda, más solitario que nunca, los recuerdos acudían a mí espontáneamente.

Estábamos en febrero de 2006. Mi relación con Anita había terminado a principios del año anterior. En aquellos doce meses había tenido algunos, pocos, encuentros esporádicos con otras tantas mujeres que habían pasado por mi vida de puntillas, sin dejar la menor huella. Sentía en mi interior una imperiosa necesidad de cambiar los aires de Madrid por otros más nuevos y frescos. Llevaba demasiado tiempo soportando un exceso de tensiones y necesitaba viajar. Mi imagen salía un día sí y otro también en los informativos de todas las cadenas de televisión, en la prensa, en internet...

Desde que mi ex camarada corso Paul Cortichiato ametrallara a dos picoletos en la localidad navarra de Castejón tres años antes, me buscaban por tierra, mar y aire. Todo era fruto de un error incomprensible, adobado con la siempre imprevisible casualidad. Lo que iba a ser una entrega rutinaria de un vehículo y algunas armas, terminó convirtiéndose en una considerable chapuza en la que perdió la vida una pareja de guardias civiles. Todo por la irresponsabilidad y la precipitación del que fuera mi amigo. Paul llevaba una metralleta que yo había usado en el año 2000 en un pueblo de Castellón después de aligerar uno de sus bancos. Como el arma estaba marcada, me deshice de ella entregándosela en

su momento a Jules y a Jean para que se la pasaran a Henry, antiguo compañero de lucha anticapitalista en mi etapa francesa, con el encargo expreso de que la destruyese.

Cuatro años más tarde, el maldito 9 de junio de 2004, inexplicablemente, como por arte de birlibirloque, el arma reapareció en perfecto estado de revista en las nerviosas manos de Paul Cortichiato. Ignoro qué pudo pasar, pero el desastroso resultado es bien conocido: dos guardias en el otro barrio y yo convertido en el hombre más buscado del reino borbónico. Me acusaban de darles pasaporte a los dos picoletos y yo no podía desmentir la versión oficial. Me encomendé al Destino, con mayúscula inicial. Los hados no suelen fallarme e iba a necesitar de su ayuda para salir bien parado de aquel lío.

Abrí un atlas con el mapa del mundo, cerré los ojos y señalé aleatoriamente un lugar del planeta. La yema de mi dedo índice se posó en Suramérica, en la zona noroeste de Brasil, en plena selva del Amazonas. Nunca había estado en el sur del continente americano, aunque conocía los Estados Unidos, México y Cuba, así que me metí en internet y busqué más información sobre el país de la samba. Me alegré de la elección, pues Brasil me había fascinado desde siempre. Me atraían profundamente la Amazonia y su inmenso Mato Grosso, y si no había viajado nunca allí había sido únicamente por la barrera idiomática que suponía para mí el desconocimiento del portugués.

Había oído hablar de sus fantásticas playas y de sus maravillosas mujeres; de su flora y de su fauna, ambas sin par... y de la injusticia y violencia institucionalizadas; de sus políticos y policías corruptos; de sus criminales militares; de la falta de escrúpulos de sus empresarios... y de sus grandes ciudades, como São Paulo o Río de Janeiro, con su espectacular Carnaval, su *Pão de Açúcar* y su Cristo Redentor, vigilante desde la cima del Pico do Corcovado; de la mezcla de razas; de su música y de sus cantantes; del Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem Tierra y de la Teología de la Liberación; del exótico *Hevea Brasiliensis*, el árbol del caucho; del curare, ese veneno letal con el que algunas tribus impregnan las puntas de sus flechas... y también de las crueles matanzas de indígenas patrocinadas por prósperas compañías transnacionales. No conocía el país, pero me lo imaginaba tan hermoso como contradictorio y esperaba descender muy pronto la escalerilla del avión que me llevara hasta él.

En la agencia de viajes me atendieron con profesionalidad, informándome de los distintos destinos y de sus características. Tras valorar los pros y los contras de algunos de ellos, preferí evitar las grandes ciudades y me decidí por Natal, una ciudad costera del estado de Rio

Grande do Norte, en el noreste del país, que destaca por sus playas, por su inmensa belleza natural y por su buena infraestructura. Además, el nombre me resultaba especialmente sugerente: sonaba a Navidad, al nacimiento de algo nuevo y tal vez excitante. Así, en pleno mes de febrero, con Madrid sumergida en el crudo invierno, monté en el taxi liberador que me había de acercar hasta el aeropuerto de Barajas. Luego, según el plan de vuelo, embarcaría en un avión rumbo a Lisboa, y de allí a Natal, en la otra orilla de la mar océano.

Llegué a mi destino en domingo y, según me informaron en el aeropuerto, la compañía no abría sus dependencias hasta las seis de la tarde, por lo que hasta esa hora no podría recoger mis maletas. Fui en taxi hasta el hotel, me registré y subí a la habitación. Con lo puesto, me acosté encima de la cama. Estaba extenuado y me dormí al momento. Cuando abrí los ojos ya hacía rato que había amanecido. Desayuné y alquilé un coche. Conduje por la ciudad sin rumbo fijo, con la única intención de familiarizarme con sus calles. Me apetecía ir a la playa, así que estacioné el vehículo en la puerta de una tienda, en la que entré para comprar todo lo necesario: una toalla, un bañador, unas chanclas y una camiseta. Regresé al hotel, me disfracé de guiri y bajé caminando hasta la famosa playa de Ponta Negra, un lugar muy turístico. Alquilé una tumbona y una sombrilla y me regalé un buen baño de mar.

Cuando salí del agua, lo hice absolutamente relajado. El agobio se lo había llevado la marea y el apetito comenzaba a acuciarme. Me senté a comer en uno de los muchos restaurantes que hay en el paseo marítimo y pedí *rodizio*, un plato típico de Brasil a base de palomilla de buey. Dicen los entendidos que su secreto estriba en sazonar la carne con sal marina antes de brasearla. Hice la digestión sobre la cama de mi habitación. Todavía acusaba los efectos del largo viaje y la siesta fue de las de camisón y padrenuestro. Me desperté descansado. Recogí las maletas en el aeropuerto y volví a sentirme persona: ¡ya me podía cambiar de ropa! Tras la puesta de sol, me puse elegante y salí a conocer gente. Visité varios bares y discotecas de la zona de «marcha» hasta que, en una llamada La Cucaracha, choqué bailando con Vilma, una bella muchacha que resumía en su sonrisa la hospitalidad brasileña y la calidez de sus mujeres. La diferencia idiomática no fue un obstáculo para entendernos y, después de la enésima *caipi roska*, nos dirigimos a un motel a profundizar en eso que Zapatero llama «alianza de civilizaciones».

---

4.- Variedad de *caipirinha* a base de vodka en lugar de la tradicional *cachaça*.

Vilma fue para mí una especie de introductora de embajadores. Ella hizo que me enamorara en primera instancia de la mujer brasileña como categoría. He de decir que ese sentimiento no ha cambiado desde entonces, ni siquiera en esta hora en la que escribo las páginas de mi vida recluido en una celda de la prisión lisboeta de Monsanto. Vilma me acompañó durante algunos días. Fue una perfecta cicerone que consiguió que no me sintiera un turista más, enseñándome lo bueno y lo malo de su país. Así pude comprobar cómo la gente normal sobrevive allí en unas extremas condiciones de dureza. Vi la injusticia social y fui testigo de la explotación inmisericorde a la que es sometida buena parte de sus hombres, mujeres y niños. Tanta adversidad, sin embargo, no parece afectar el ánimo de la población civil, que se muestra siempre muy afectuosa y sonriente.

En aquellos días, no conocí potentados, empresarios ni otros abusadores. Nunca me ha interesado ese tipo de gentuza. Es la gente de la calle la que me embelesa. Pero mis días en Brasil se terminaban. En el viaje de vuelta, mi equipaje había engordado varios kilos: los cinco de limones verdes que compré el último día de mi estancia en Natal y los que pesaban algunas botellas de *cachaça* y un par de frascos de endulzante líquido; todo lo necesario para confeccionar en España mis propias *cai-pirinhas*. El trayecto en taxi hasta Las Rozas lo recorrí en silencio, sumido en mis recuerdos.

DURANTE LA PRIMERA NOCHE EN MI CASA , la cara y el cuerpo de Vilma se presentaron una y otra vez ante mis ojos como una aparición mariana recurrente. Brasil y sus mujeres se habían instalado en mis sentidos y no sería yo quien los desahuciara. Al contrario, aproveché las nuevas tecnologías para ahondar en su conocimiento. Los días siguientes los pasé sentado ante mi ordenador, conectado a internet. Visité un sinnúmero de páginas web brasileñas. Intentando encontrar a mi Eva, me convertí en un usuario impenitente de sus chat y foros. En unas semanas me había comunicado con decenas de mujeres, quizá cientos. Al fin, una noche, inopinadamente, ella entró en el chat.

Desde pequeño he tenido la premonición de que la mujer de mi vida se hallaba en algún lejano lugar, a mucha distancia de mí. Tal vez ese haya sido el motivo de haber viajado tanto y de mi preferencia por las extranjeras. Arja, mi primera pareja, era finlandesa. La segunda, Anita, era ciudadana británica. Ninguna de ellas fue la definitiva. Quizás no había viajado lo suficientemente lejos. Ahora sé que así era. La mujer que llevaba buscando tantos años esperaba en Brasil pacientemente mi conexión de aquella noche y tenía por nombre Iris Roberta. La fuerza del sino, habría llamado a lo nuestro el Duque de Rivas.

Ya en nuestra primera conversación, Roberta demostró ser una persona muy especial que decía cosas diferentes, lo que provocó en mí un enorme interés. A partir de entonces nos citamos a diario en el chat, teniendo en cuenta siempre la diferencia horaria. Poco a poco, la fui conociendo en profundidad. Vivía con su hija Ingrid, y trabajaba como vendedora en el departamento comercial de una empresa de ingeniería de

Ribeirão Preto, en el estado de São Paulo. Los temas que tocábamos eran verdaderamente interesantes, alejados de la intrascendencia habitual que caracteriza la mayoría de las conversaciones en este mundo desideologizado. Incluso se dieron momentos en que nos pareció estar unidos telepáticamente. Así supe que, como a mí, a Roberta le encantan los animales, especialmente los perros. Yo le correspondí presentándole a mi gata *Cleo*, verdadera reina de mi hogar.

En cierta ocasión, me sugirió la posibilidad de poder hablarnos y vernos en tiempo real utilizando algún programa de mensajería. Una idea excelente, pero para realizarla era preciso disponer de un micrófono y de una webcam, artilugios ambos que yo no tenía por no haberlos necesitado jamás. Los compré al día siguiente en una tienda de informática y los conecté a mi PC. Me vestí y me acicalé para nuestra primera cita audiovisual como si de recoger un Premio Nobel se tratara. Con los auriculares puestos, me pareció encontrarme de nuevo pilotando un helicóptero y pensé que en adelante tendría que conducir mi vida por nuevos derroteros. En la conversación de la víspera, le confesé mi interés por encontrar al fin la mujer de mis sueños y ella me preguntó por las características físicas que debería tener la pareja que buscaba con tanto afán. Describí por encima mi ideal y Roberta me dijo que ella no respondía a mi dibujo.

—¿Qué te hace pensar que tú no puedes ser mi Eva? —le respondí.

Reconozco que me preocupaba el aspecto que pudiera tener. Falta-ban pocos minutos para nuestro encuentro virtual y temía que la cara que apareciese en el monitor fuera desagradable o que su propietaria tuviese un defecto físico evidente. Como es lógico, deseaba ardientemente que mi interlocutora poseyera la belleza externa acorde con la interior que me constaba que tenía. Por la misma razón me infundía pavor la posibilidad de que se diera la situación inversa y que yo no resultara atractivo a los ojos de Roberta, pues era consciente de mi sobrepeso.

Por fin llegó el momento de la verdad. Sin saberlo, Bill Gates ejercía de Celestina y su *software* juntaba dos corazones distanciados por todo un océano. Un bendito satélite unió Ribeirão Preto y Las Rozas y nuestras imágenes aparecieron respectivamente en las pantallas de los dos ordenadores. Mi corazón comenzó a latir a la carrera. Yo conocía a Roberta. En realidad, la había conocido siempre, no sé si en otra vida o en otra dimensión, pero su rostro me resultaba familiar. Indudablemente me hallaba ante mi Eva que, por cierto, era muy guapa.

Las semanas posteriores las pasamos pegados al *computador*, como llaman en Brasil al ordenador, en la medida en que las obligaciones laborales de Roberta nos lo permitían. Hubo noches, sobre todo las de los fines de semana, en que me acostaba a las ocho de la mañana, las tres de

la madrugada para ella. Las horas transcurrían a velocidad de vértigo entre música, risas y confianzas. Incluso preparábamos *caipiroskas* y brindábamos a distancia. En medio de tanta dicha, llegamos a bailar ante las webcam y a besarnos virtualmente. Entonces decidimos vernos en persona y empezamos a planear nuestro encuentro. Ella me invitó a su apartamento de Ribeirão Preto, pero yo sugerí que podíamos pasar antes unos días en alguna playa. Roberta propuso ir a Ubatuba, en el mismo estado de São Paulo, para continuar por la costa hasta Río de Janeiro y terminar el viaje en su ciudad.

Por fin, a primeros de mayo de 2006, en el mes de las flores y del amor, compré un billete de ida y vuelta y regresé a Brasil. Once horas duró el viaje desde la primavera europea hasta el otoño suramericano. Habíamos quedado en el vestíbulo del aeropuerto de Guarulhos. Recorrí con la mirada las caras de la muchedumbre que por él deambulaba y reconocí a Roberta fácilmente: era la que más brillaba. Le guiñé un ojo y ella respondió a mi saludo con una luminosa sonrisa. Nos abrazamos y nos besamos por primera vez. Una descarga eléctrica atravesó nuestros cuerpos fundidos en uno. ¡Cuánta felicidad! Cambiamos algo de dinero y alquilamos un coche. Sentada a mi derecha, me quedé observándola. ¡Qué guapa era! Enfilamos la autopista en dirección al mar hasta que, al anochecer, decidimos parar en la primera ciudad, pues yo no quería viajar de noche y perderme el maravilloso paisaje. Pasamos la noche abrazados en un motel de Jacarei, pero no hicimos el amor. Por una vez seguimos el consejo de un Borbón, el que FernandoVII dio a su ayuda de cámara: «Vísteme despacio, que tengo prisa».

Por la mañana, bajo un sol radiante, continuamos nuestro viaje hasta Ubatuba. Llegamos al mediodía. Nos alojamos en el hotel Villa di Rimini. Desde la habitación se veía el paseo marítimo y todo el esplendor de la bahía. Bajamos a la playa y nos bañamos, pero Roberta se sentía insegura donde no hacía pie. Yo le animé a esquivar las olas saltándolas o sumergiéndose a su paso, como aprendimos a hacer mi hermano Álvaro y yo cuando, de pequeños, nadábamos en la Concha o en Ondarreta, las bellas playas donostiarra. Luego, en el hotel, nos duchamos y nos arreglamos para salir a comer a un restaurante. Mientras degustábamos la especialidad de la casa, yo la escuchaba con atención. Su voz me fascinaba y sus ojos parecían centellear cuando me contaba cosas de su vida. Nos entendíamos en *portuñol*, pues yo me dirigía a ella en cast~~l~~ano salpicado de algunas palabras en portugués, y Roberta, viceversa, me hablaba en portugués brasileiro mezclado con las pocas expresiones que sabía en español. Pero el amor es una lengua universal y nos comprendíamos perfectamente. Las cervezas y el vino que habíamos bebido durante la

comida nos habían achispado algún tanto, y las feromonas explotaban en el ambiente como fuegos de artificio. Volvimos al hotel y, por primera vez, hicimos el amor. Fue una consumación tórrida y sensual, casi gestáltica. A mis 50 años, jamás había estado tan unido a una mujer como aquella tarde. Para mí fue una experiencia nueva y maravillosa.

Al día siguiente salimos temprano en dirección hacia Río de Janeiro, por la carretera paralela al litoral. Nos detuvimos en Parati, una pequeña ciudad colonial muy bien conservada. Caminamos por sus calles empedradas hasta llegar al puerto donde contratamos una excursión en un pequeño barco por los alrededores, plagados de islas. Los dos solos, además del patrón. Recalamos en un islote de vegetación exuberante. Lo exploramos entre besos y risas y nos bañamos en sus azules aguas. Luego, en un merendero de otra isla, almorzamos pescado bien regado con cerveza y nos hicimos algunas fotografías, pero los abundantes mosquitos borrachudos amenazaban con mordernos y en cuanto atardeció regresamos al barco y a Parati.

En los días sucesivos nos fuimos conociendo mejor... y nos enamoramos. Entonces decidimos deshacer los setecientos kilómetros que habíamos recorrido y volver a Ribeirão Preto. Emprendimos el viaje después de comer bordeando la megalópolis de São Paulo. Al anochecer, Roberta me substituyó al volante guiando el automóvil por *larodovia*<sup>5</sup> mientras yo descansaba a su lado. Era una experta y fiable conductora. A pesar del poco tiempo que llevábamos juntos ya sabía muchas cosas de ella. Por ejemplo, que es una mujer de izquierdas, comprometida con la causa de los explotados, y que hubo un tiempo en que se dedicó a la política, ayudando a varios dirigentes, habiendo llegado a trabajar, incluso, en el Parlamento de Brasilia. De esa etapa, me contó cantidad de anécdotas, algunas graciosas, sobre los políticos brasileños. Como sucede en España, la mayoría son unos mangantes que utilizan sus organizaciones para medrar y enriquecerse, da igual el color de la bandera que enarbolean. En Italia bautizaron a este fenómeno con la paradójica expresión *mani pulite*<sup>6</sup>.

Me desperté en plena noche, llegando ya a Ribeirão Preto. Una vez en la avenida de Portugal, subimos al apartamento de Roberta y me instalé en su dormitorio. Ella compartió cama con su hija, en la otra habitación. Por la mañana, me asomé a la ventana para observar el paisaje. Desde el octavo piso en el que nos encontramos, el campo de visión era muy extenso. Me sorprendió la vegetación de los alrededores y la can-

---

5.- En portugués, carretera nacional.

6.- En castellano, manos limpias.



tividad de rascacielos que hay en esa ciudad, que recordaban, mejorándolo, al *skyline* de Nueva York.

Un estimulante olor a café recién hecho inundó el cuarto cuando Roberta entró a darme el beso de buenos días. Nos sentamos a desayunar y entonces conocí a Ingrid, su hija, una muchacha morena, muy guapa y simpática. Como su madre, adoraba la música y a los animales. Nos caímos bien desde el principio, aunque nos comunicábamos con dificultad por causa del idioma. Dejamos a Ingrid en el colegio y, aunque Roberta había cogido unos días de vacaciones, nos llegamos por su oficina, donde me presentó a sus compañeros de trabajo. Luego fuimos a pasear por la ciudad. Entramos en la céntrica y famosa cervecería Penguin, a refrescarnos con su típico *chop*<sup>7</sup>. Y como elegir es renunciar, en otro bar hicimos los honores a la tradicional guarapa, dulce como la caña de azúcar de la que se extrae. Entramos también en una pequeña ermita, embrión de Ribeirão Preto, y por la tarde fuimos a ver los animales del zoológico, para mí exóticos.

Los días que siguieron se caracterizaron por las confidencias que nos hicimos. Ella me fue contando retazos de su vida, que resultó haber sido particularmente difícil, si bien la había sobrellevado con fuerza y decisión. Rechazada al nacer por su madre biológica, fue adoptada por José y Leonor, una pareja bien avenida que ya tenía otros hijos. Roberta demostró ser una persona muy inteligente y despierta, además de una estudiante sobresaliente. Aprendió inglés de forma autodidacta, con la única ayuda de un manual y un diccionario. Su amor por los animales le llevó a estudiar Biología y Veterinaria, carreras que cursó en la Universidad de São Paulo.

Con los hombres, en cambio, no había tenido suerte. Su primer compañero fue el padre de Ingrid, un poeta que vivía en las nubes y que nunca se implicó emocionalmente. La relación no prosperó y Roberta terminó abandonándolo, llevándose con ella a la pequeña. Después convivió con un tal Mario, un hombre que gozaba de una buena posición económica pero que se reveló como una mala persona. Mezquino como era, no llegó a aceptar jamás a Ingrid, llegando a cerrar el piano con llave para que la niña no pudiera tocarlo. Por fin, cuando Roberta descubrió que, además, le era infiel, decidió dejarlo e irse a vivir con su hija, las dos solas. Así estaban cuando yo entré en sus vidas.

Cuanto más conocía a mi novia, más próximo a ella me sentía. No solo era guapa, cariñosa e inteligente, sino que era también una mujer

---

7.- Cerveza de barril.

valiente y luchadora, con las ideas muy claras y firmes. Nunca antes de ahora había conocido a alguien así y me consideraba el hombre más afortunado del mundo. Como nos habíamos juntado tres melómanos, fuimos a una tienda de instrumentos musicales y compré una guitarra acústica de doce cuerdas, de sonido impecable, y un piano eléctrico para Ingrid. Siguiendo mi costumbre de poner nombre a mis objetos preferidos, bauticé a mi nueva guitarra con el nombre de *Roberta*, como la que iba a ser mi musa en el futuro. El apartamento de la avenida de Portugal se convirtió desde aquel día en un lugar donde reinaban la música y el amor. Yo componía canciones y se las cantaba a mis mujeres. Nos compenetrábamos a las mil maravillas, como el ying y el yang. También yo conté a Roberta muchas partes de mi vida, aunque, como es lógico, tuve que omitir todos los detalles referentes a mis actividades expropiadoras, aunque ella se dio cuenta enseguida de mis ideas libertarias.

Decidimos volver a Ubatuba, pero antes me llevó a Jardim Proçpio, un barrio muy humilde, donde conocí a José, su padre adoptivo, y *ãago*, su perro favorito. Luego enfilamos la *rodovia* Anhanguera y emprendimos el viaje hacia São Paulo. Como esta vez era de día, pude contemplar la belleza exuberante de Brasil. Viajábamos por el sureste del país, una región muy verde y llana caracterizada por sus inmensas praderas, por sus huertas de árboles frutales y por sus campos de caña de azúcar. Cubrimos los 234 kilómetros que separan São Paulo de Ubatuba en menos de tres horas. Repetimos hotel y habitación. Tras hacer el amor como si fuera la primera vez, hablamos de futuro. El tiempo se nos escapaba de las manos y no queríamos estar separados más de lo indispensable. Yo le propuse que viajara a España con Ingrid y se quedaran en mi casa de Las Rozas hasta agosto. Después regresarían a Ribeirão Preto a tiempo para el comienzo del curso escolar. A ella le pareció una idea excelente. Incluso habló de visitar África y Portugal. Roberta tenía hambre de conocer mundo, pues solo había salido de Brasil en una ocasión para ir a Paraguay, un país fronterizo que no recibe bien a los brasileños como consecuencia histórica de la guerra del Chaco, librada entre 1932 y 1935.

Pasamos unos días maravillosos en Ubatuba, y ya de vuelta al apartamento de Roberta dimos la noticia a Ingrid, que la acogió con entusiasmo y nos pidió permiso para invitar también a su íntima amiga Lais. Como donde caben dos caben tres, le dijimos que sí. Iban a conocer Europa y estaban encantadas. Nos faltó tiempo para comprar los billetes de avión y dejar cerrado el viaje. La fecha de mi partida se acercaba y disfrutábamos de cada minuto como si fuese el último de nuestras vidas. Hasta tuvimos ocasión de intercambiar conocimientos gastronómicos. No pretendo competir con Karlos Arguiñano, pero mis familiares y ami-

gos dicen que tengo cierta habilidad como cocinero. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Así, en el apartamento de Roberta solía preparar algunos platos típicos españoles, desde ensaladas hasta paella, pasando por tortillas de patata y cocidos madrileños.

El último domingo de mi estancia en Brasil, Roberta me despertó temprano, pues, según me dijo, quería enseñarme un bosque cercano. Vi que salía de casa con una bolsa repleta de pan duro, pero no hice comentario alguno sobre el particular. Dejamos el coche estacionado en el arcén, junto a otros vehículos y, para mi sorpresa, Roberta se puso a silbar dirigiendo el sonido hacia los árboles. Al minuto empezaron a acercarse a ella unos cuantos monos, de menor tamaño que los chimpancés. Aunque los simios vivían en estado salvaje, eran muy sociables y descendían por las ramas para coger los mendrugos que les ofrecía. Me recordaba a Maureen O'Sullivan interpretando a Jane en aquellas inolvidables películas de Tarzán que veía de niño. Inmortalicé la escena con mi inseparable cámara de fotos digital. Cada vez nos rodeaban más monos y, antes de que se terminase el pan, invertimos los papeles y fue Roberta la que me fotografió alimentando a nuestros nuevos amigos de cuatro manos.

Llegó el temido momento de mi partida. Igual que en la ocasión anterior, me abastecí de limones verdes y *cachaça*, añadiendo esta vez al equipaje algunos kilos de fruta de la pasión. Roberta quiso acompañarme al aeropuerto de Guarulhos para despedirme. Mi vuelo salía al día siguiente, por lo que optamos por pasar nuestro último día en la ciudad de São Paulo. Cogimos una habitación en un céntrico hotel que conocía Roberta y nos dimos una ducha. Después salimos a dar una vuelta. Era sábado, 17 de junio de 2006, y nos encontramos con que ese día se celebraba allí la mayor fiesta gay del mundo. Como, además de festiva, la jornada es reivindicativa, cientos de miles de homosexuales entre lesbianas, gays, travestis y transexuales (más de dos millones según los organizadores) ocupaban las calles vistiendo disfraces carnavalescos y portando banderas con el arco iris que los identifica mientras exigían el fin de la homofobia. El lema de ese año era precisamente *Homofobia é Crime! Direitos Sexuais são Direitos Humanos*. Nos mezclamos con la multitud y nos divertimos de lo lindo. A los brasileños les encanta el jolgorio y aquella era una fiesta popular en toda regla. Un joven negro con el pelo teñido de rubio se acercó a mí.

—¡Guapo, deja a esa mujer y vente conmigo! —me propuso.

Entre las risas de Roberta, decliné amablemente el ofrecimiento haciéndole ver que ya estaba muy bien acompañado. Nos alejamos un poco del bullicio y entramos a cenar en un restaurante italiano. Luego,

tras tomar un par de copas, paseamos de la mano por las calles de São Paulo hasta bien entrada la noche. Después, en la intimidad de la habitación, escenificamos nuestro amor por última vez antes de nuestro proyectado reencuentro en España. Un profundo sueño nos sorprendió abrazados, y ya por la mañana salimos a apurar las pocas horas que nos quedaban caminando por la avenida Paulista, una de las arterias principales de la ciudad, normalmente atestada de gente y de vehículos y sin embargo extrañamente desierta. La casualidad quiso que ese día viviésemos otro evento social importante, pues a las 11 de la mañana comenzaba en la ciudad alemana de Múnich el encuentro entre las selecciones nacionales de Brasil y Australia en el marco de la Copa Mundial de la FIFA y es sabido la gran afición de los brasileños por el fútbol. Así se explica la ausencia de actividad.

Roberta estaba radiante. La luz de sus ojos prevalecía sobre la claridad propia de aquella hora y a mí me parecía andar sobre las nubes, como una persona nefelibata, inmensamente feliz por haberla encontrado. Por fin estaba con ella, junto a ella, dentro de ella... Rematamos la mañana entrando en uno de los muchos bares que albergaban a los enfervorecidos parroquianos seguidores de la *canarinha*<sup>8</sup>, todos sentados frente al televisor viviendo en sus carnes el partido. Tras regar con cerveza unos perritos calientes, salimos del local antes de que finalizase la retransmisión y la calle se tornara intransitable.

Entramos en el hotel por última vez. Recogimos mis maletas, las cargamos en el coche y fuimos al aeropuerto. Una vez facturado el equipaje, comenzó la cuenta atrás. Sabíamos que nos teníamos que separar sin remedio y la tristeza nos invadió. Conocernos había sido maravilloso. Nos habíamos enamorado de verdad y habíamos compartido en poco tiempo un sinfín de experiencias. A punto de embarcar, sellamos nuestro compromiso con un apasionado beso y nos despedimos. Aún la pude ver desde el control de pasaportes. Agité mi mano y ella me devolvió el saludo entre lágrimas. Embarqué en el avión preparado para afrontar el largo viaje: once horas de vuelo hasta Ámsterdam, el tiempo de transbordo y dos horas más hasta Barajas. Cuando llegué a Madrid, fui directamente a mi casa de Las Rozas y me acosté. El *jet lag* me estaba pasando la factura y me encontraba literalmente agotado.

Los días siguientes mantuvimos el contacto por teléfono y por ordenador. Saber que nos reuniríamos en unas semanas, nos animaba. Yo volví a mis actividades normales, ahora como técnico de aparatos de aire

---

8.- *Canarinha* es el nombre con el que se conoce popularmente a la selección de fútbol de Brasil.

acondicionado. Comenzaba el verano y tenía muchos avisos. Siempre he procurado trabajar sin entregar facturas. Para no dejar pistas, ya saben. Además, considero que no debo al Estado nada bueno, así que no veo porqué he de costearle yo sus policías, jueces, carceleros, políticos y otras variedades de parásitos. Si alguna vez el Estado se declarara en bancarota, yo sólo podría alegrarme. Cuando veo en la televisión los coerciti vos anuncios del Ministerio de Hacienda impeliéndonos a pagar los impuestos, siempre me acuerdo del *sheriff* de Nottingham y sus sicarios recaudadores y digo para mi capote:

—Yo soy Robin de Locksley. Si quieres mi dinero, te espero en el bosque de Sherwood con mi arco y mis flechas.

No. Hacienda no somos todos. ¡Hacienda sois vosotros, delincuentes, que doblegáis a la gente para sacarles el dinero! Hacienda es el principio, el fin y el medio de explotar a la población. Hacienda y sus amos los bancos son los responsables de la injusticia social. Es el talón de Aquiles de mi enemigo, y como dice el refrán: «Al enemigo, ni agua».

El tiempo transcurría más o menos deprisa. Ahora como novedad, utilizaba una tarjeta telefónica con la que llamaba a Brasil a un precio reducido. Roberta empleaba una igual. Eran días de vino y rosas... y de *caipi roskas* Mi amiga Christine, californiana de pura cepa, solía visitarme con su marido Luciano, al que llamábamos *Lucky*, para probar mis *caipirinhas*. También aprovechaba para fumar mi potente marihuana, una *seedless*<sup>9</sup> de excelente calidad que yo mismo cultivaba en el invernadero que había construido en el jardín. Era una variedad híbrida de sendas plantas originarias de Laos y Sudáfrica y el resultado era una auténtica bomba vegetal.

Tras una larga espera, Roberta, Ingrid y Lais llegaron a España. El vuelo se retrasó, pero al fin pudimos abrazarnos. Ya en Las Rozas, les enseñé la casa, se instalaron, se ducharon y salimos a comer. El inmenso calor no fue obstáculo para que, en los días siguientes, les enseñara Madrid. Fuimos al Museo del Prado que, casualmente, albergaba una exposición de Picasso. Lais e Ingrid se dedicaron a fotografiar los impresionantes cuadros, actividad al parecer prohibida, pero las chicas jóvenes y guapas gozan de ciertos privilegios y ningún vigilante les llamó la atención.

Las dos amigas solían levantarse tarde y ocupaban su tiempo tomando el sol en el jardín y chateando con otros chicos de Brasil. Nosotros preferíamos callejear por Madrid y disfrutar de la noche, reservan-

---

9.- Sin semillas.

do los domingos para recorrer el Rastro. Roberta quería aprovechar su estancia en España para conocer su geografía lo mejor posible, y pensamos que no estaría mal hacer una gira por Andalucía. Comunicamos nuestro plan a las chicas y, ni cortos ni perezosos, cargamos todo lo necesario para acampar en el remolque de mi furgó neta, partiendo los cuatro hacia nuestro destino.

Llegamos a Granada una tarde de finales de julio de 2006, un año antes de mi detención en Figueira da Foz. Pese a estar anocheciendo, el calor era sofocante cuando acampamos. Nos dimos un chapuzón en la piscina del camping y planificamos la noche. Lais e Ingrid habían conocido a unos chicos de su edad y decidieron quedarse. Roberta y yo nos fuimos a las cuevas de Sacromonte a ver en directo un típico espectáculo flamenco. Ella estaba deslumbrante, más hermosa que nunca. Una fotografía que nos hicieron da fe de lo que digo.

Tal y como habíamos previsto, al día siguiente fuimos a ver La Alhambra, la roja en árabe. Las incomodidades causadas por la inmensa cola y por el calor propio de la fecha merecieron la pena ante tanta belleza, y durante las horas que duró la visita nos sentimos transportados a Al Ándalus, como si hubiéramos conseguido romper la barrera del tiempo. Pasamos la tarde refrescándonos en la piscina del camping y por la noche deambulamos por las calles de Granada. Nos despertamos entrada la mañana, levantamos las tiendas y salimos en dirección a Conil, un bonito pueblo de la provincia de Cádiz. Aquella zona es preciosa.

Como fuimos por Málaga, tras cruzar Estepona y Manilva, entramos en territorio gaditano. Al pasar por La Línea de la Concepción pudimos contemplar en todo su esplendor el Peñón de Gibraltar, del árabe *Yab al-Tariq*, la roca que lleva el nombre del general bereber Tariq ibn Ziyad al-Layti, conquistador de la península ibérica en tiempos de los visigodos. El cielo estaba absolutamente despejado y Lais e Ingrid pudieron sacar fotografías del continente africano que se veía nítidamente al otro lado del Estrecho. Una hora y pico después llegamos a Conil y nos instalamos en un camping abarrotado, muy cerca de la playa. Allí pasamos varios días disfrutando de la naturaleza, del mar, de la vida... De vez en cuando, Roberta y yo nos perdíamos por algún paraje solitario para hacer el amor.

Formábamos una auténtica familia: las chicas, ella y yo. Fueron días felices. Hicimos muchas cosas los cuatro juntos, hasta fuimos a Ceuta para que pudieran pisar suelo africano. Allí, en la Sebta marroquí, hicimos diversas compras. En su afán de agradarme, Roberta se equipó con todos los complementos propios de una bailarina del vientre, incluido el perti nenteCD con música árabe, necesario para el show privado que pen-

saba dedicarme cuando estuviésemos a solas. La jornada resultó perfecta. Regresamos a Conil, y aquella noche mágica y limpia, a la luz de la luna, le enseñé a localizar la estrella polar. Entonces le propuse vivir con Ingrid y con ella en Brasil. Todo lo que hiciéramos en adelante estaría orientado a crear nuestra propia familia. Incluso, si ella lo deseaba, podríamos contraer matrimonio civil, aunque solo fuese para facilitarnos las respectivas residencias en los dos países. Ella aceptó y yo también. El compromiso quedó sellado con un beso. Para mí aquello tuvo más valor que cualquier documento legal, en los que nunca he creído.

Salimos de Andalucía por la provincia de Huelva para entrar en Portugal. Nos dirigimos al Algarve y nos registramos en un camping que yo ya conocía por haber estado en él con Anita y nuestros dos hijos. Allí mis tres mujeres no tenían barreras idiomáticas, sobre todo las chicas, que en España habían tenido dificultades para comunicarse con algunos muchachos con los que habían intentado conversar. Estuvimos en el cabo San Vicente, el extremo oeste del continente europeo más cercano a Brasil, y nos bañamos en las playas de la zona. Por las noches, mientras Ingrid y Lais chateaban con sus amigos de Brasil desde un cibercafé, Roberta y yo nos sentábamos en cualquier bar a escuchar música y beber cerveza o *caipi rinha*. Así pasamos aquellas vacaciones, en total armonía.

El mes se terminaba y había que volver a Las Rozas, pues se acercaba el día en que Roberta y las chicas tenían que regresar a Ribeirão Preto. Empaquetar recuerdos, hacer el equipaje... La tristeza se adueñaba de nosotros. Antes de salir hacia Barajas entregué a mi amor el dinero suficiente para comprar una motocicleta Hondabiz, que se fabrica en Brasil. La necesitaba para ir a trabajar, pues Mario, su anterior pareja, estaba celoso de mí y le había quitado el coche que tenía. Una vez en el aeropuerto, les acompañé hasta la misma entrada del control de pasaportes. Abracé cariñosamente a las dos chicas y a Roberta le reservé un beso dulce y apasionado. Sería el último.

Escribo estas páginas del libro que tienen ustedes en sus manos en el mes de septiembre de 2008 y todavía mi cuerpo se estremece cuando pienso en aquel beso. Llevo preso más de un año y no sé si podré volver a abrazar a Roberta. De los cuatro poderes, solo falta que se ensañe con ella el legislativo, pues los jueces, la Policía y los medios de comunicación la han machacado desde mi detención, llegándola a calificar de «cómplice» de un bandido y asesino. En semejantes condiciones de acoso es imposible que venga a visitarme, pues se arriesgaría a ser arrestada. Y yo afirmo alto y claro para que no haya dudas: ella solo es culpable de amarme.

DESPUÉS DE SEPARARNOS estuvimos muchos meses comunicándonos por teléfono e internet mientras yo seguía con mis actividades. Dedicábamos nuestras largas conversaciones a organizar nuestra vida en común en su país. No había vuelta atrás. Yo empecé a enviar a Brasil muchos objetos de uso cotidiano que allí son inexistentes o demasiado caros. También mandaba puntualmente dinero para pagar el apartamento. Teníamos intención de construir nuestro hogar en una casa independiente y los precios eran asequibles, así que comenzamos a visitar webs de inmobiliarias para ver virtualmente algunas fincas. Mi madre también contribuyó anticipándome una importante cantidad a deducir de mi herencia y yo envié dinero a Roberta para que comprara un coche de segunda mano.

Mientras todo esto sucedía, el Estado español seguía empeñado en capturarme. Utilizaba para ello todos sus recursos policiales y mediáticos, al mejor estilo de la Alemania nazi con Heinrich Himmler de ministro del Interior y Joseph Goebbels como titular de la cartera de Propaganda. Cómo sería la cosa que hasta la radio y la televisión emitían programas basura (dirigidos por periodistas basura como un tal Francisco Pérez Abellán) destinados a localizarme. Los periódicos también se sumaban jubilosos a esta cacería humana. No se me olvidan algunas firmas como las de Lorenzo Silva, Jesús Duva y otros reptiles. Algunos de ellos llegaron a publicar sus intenciones de escribir un libro sobre mi vida. Se equivocaban, porque solo hay un biógrafo que la pueda hacer, que la está haciendo, de hecho, en este momento, un escritor de mi entera confianza: Jaime Giménez Arbe. Yo mismo, que soy quien la ha vivido. Lo que puedan pergeñar estas sabandijas solo podrá basarse en la



versión oficial, léase policial, y en algunos autos de fe que me instruya la Inquisición española.

La fecha de mi definitivo encuentro con Roberta e Ingrid en Brasil dependía de la compra de la casa que sería nuestro hogar. Había que comprarla ya y yo me largaría para siempre de España. Estaba harto del acoso al que me sometían los policías del espíritu. Me faltaba el aire. Tenía que expropiar un banco cuanto antes, pero la psicosis colectiva provocada por los medios de delación me estaba poniendo difícil la tarea. Algún «creativo» uniformado me había rebautizado con el mote de *El Solitario* y mi localización se había convertido en objetivo de Estado. Mi descripción había sido difundida a los cuatro vientos, y se animaba a la población civil a ejercer de soplona y proporcionar a la Guardia Civil y Policía cualquier dato que pudiera conducirles a mi detención. Llegué a ver mi retrato robot en la televisión, en internet, en periódicos y revistas de toda laya, en aeropuertos, estaciones de trenes y autobuses, en edificios oficiales...

Me utilizaban para distraer a la ciudadanía de sus problemas. Mientras la gente jugaba a detective preguntándose «¿Dónde está Wally?», no pensaba en el paro, en la corrupción estructural ni en la injusticia social. La situación, absolutamente artificial, recordaba a lo sucedido cuarenta años antes con Eleuterio Sánchez Rodríguez, más conocido por *El Lute*, que fue el chivo expiatorio de la dictadura franquista. Aquel hombre, dotado de una gran inteligencia natural, había conseguido fugarse con éxito en dos ocasiones, poniendo en jaque a todos los cuerpos policiales. Además, en la cárcel, aprendió a leer y escribir, llegando a estudiar Derecho y a publicar varios libros. Todo un logro excepcional para un hombre excepcional.

Por otro lado, me había cansado de vivir en Las Rozas. Mi familia se había instalado en Majadahonda en 1970. La zona noroeste de Madrid no me resultaba desconocida. Siendo yo muy pequeño, habíamos vivido en Pozuelo de Alarcón, en la calle Juan Díaz Mula, en un caserón en cuyo solar edificaron posteriormente una residencia de ancianos. Mis padres criaban gallinas en el desván y tanto mi hermano Álvaro como yo solíamos jugar con ellas. Por entonces, Pozuelo conservaba su carácter de pueblo, si bien ya se habían construido unos cuantos chalés donde veraneaban algunos burgueses madrileños. Así, cuando con 14 años llegué a Majadahonda, para mí era un pueblo más, aunque relativamente moderno por haber sido reconstruido tras la guerra. Años después, muchos de sus habitantes se verían enriquecidos como consecuencia del *boom* inmobiliario que arrasó la comarca. Muchos majariegos amasaron grandes fortunas, pero lo que Natura no da Salamanca no lo presta, y continuaron tan cerriles como siempre.

Las Rozas, por su parte, era también un pueblo genuino, prácticamente sin contaminar. Hasta la década de los ochenta no entraron en él las empresas constructoras, pero, a diferencia de Majadahonda, tuvieron cuidado de no despersonalizar el lugar convirtiéndolo en una ciudad dormitorio. Por entonces, la zona de Monterozas, donde mis padres compraron una casa, era idílica. Todo era campo, y la razonable altura de sus fincas permitía ver las montañas circundantes desde cualquier punto. De hecho, nuestro hogar y toda la urbanización eran las únicas viviendas de protección oficial que había por allí. No sería hasta bastantes años más tarde que las inmobiliarias sobornarían a la legión de politicastos corruptos que tenían como guarida el Ayuntamiento. Consecuentemente, todo se encareció. Los pisos y los chalés adosados, típicos de la localidad, se hicieron inasequibles para la gente normal, y en nada de tiempo aquello pasó a ser una zona de «alto *standing*».

Poco a poco Las Rozas se convirtió en lo que es hoy: un municipio repoblado con *yuppies*, neoconservadores y fascistas sin complejos que te miran de reojo si tu coche no es de la marca Mercedes, BMW, Audi o Volvo... Yo conducía una humilde furgoneta. Como el amable lector o lectora supondrá, el ambiente se hizo irrespirable para mí. Me sentía como Astérix rodeado de romanos. Para colmo, un general de la Guardia Civil se mudó con su familia al número 44 de la calle Galeno, a unos pocos metros de mi casa. Cosas veredes que farán hablar las piedras. ¡Un capo de esbirros del Estado viviendo en mi calle, en una casa de VPO! Dicen que uno escoge sus amigos pero no sus vecinos. Estos te traen en suerte... o en desgracia.

Ángel y Angelines, mis vecinos del número 27, la casa contigua a la mía, eran dos ángeles sí, pero expulsados del cielo a puntapiés. Él, un calzonazos, trabajaba como contable de la empresa Uralita, y ella, una insidiosa, se dedicaba a «sus labores», que consistían básicamente en hacer la vida imposible a los demás. Pasaban el tiempo emulando a James Stewart en *La ventana indiscreta*, espiando al prójimo con un interés digno de mejor causa. Ambos tenían ideas ultraderechistas y no puedo definirlos sino como malas personas. Además, demostraron ser un par de gorriones que, conociendo mis habilidades manuales, me pedían constantemente que les realizara gratis pequeños trabajos de bricolaje: arrégrame esto, suéldame aquello... Yo siempre les echaba una mano. Hasta el día en que fui yo el que les pidió un triste favor y ellos me dijeron que no podían hacérmelo. A partir de entonces yo también les negué mi ayuda y el angelito, que era aficionado a la caza, no tuvo mejor ocurrencia que disparar en represalia a mi perro *King* con su escopeta de aire comprimido. El animal, un precioso mastín montaña del Pirineo, perdió un

ojo y yo me vi obligado a alejarlo de aquel cobarde, entregándolo como semental a un criadero. Cuando murió, el veterinario encontró el cuerpo de *King* acribillado por los perdigones de mi vecino, un hipócrita que se permitió calumniarme tras mi detención acusándome de martirizar a mi mascota.

En el número 31 de la calle Galeno, la otra casa adosada a la mía, vivía un militar que, estimulado por las malas artes de la angelical vecina del 27, inició una cruzada personal con el único objetivo de expulsarme de la urbanización. Este individuo, llamado Gustavo Gamba Fernández, al que nunca se le vio en compañía de mi mujer alguna pero que miraba a los niños del barrio con «ojos tiernos», arrojó a mi jardín productos defoliantes, abolló la carrocería de mis coches y me hizo mil y una cabronadas que no les relato por motivos de espacio editorial. En su obsesión conmigo, llegó a incendiar una noche mi Toyota HI-LUX, una camioneta que me acababa de comprar y que quedó totalmente destruida por el fuego. En otra ocasión golpeó con un palo el coche de mi mujer, hiriendo a Anita en un brazo, para huir acto seguido a refugiarse en su casa. Para más inri, me denunció falsamente en varias ocasiones ante la Guardia Civil. Cada vez que eso pasaba, siendo él militar, los guardias procesaban diligentemente la denuncia y acababa yo en el Juzgado de Majadahonda teniendo que defenderme de sus mentiras. Cuando, por el contrario, era el militar el denunciado, los guardias se cuadraban ante él y lo protegían, negándose a cursar nuestras denuncias.

Esta es la igualdad que preconiza la Constitución. Debe de ser en su artículo 33. Si el tal Gustavo había pasado a la reserva siendo tan joven, fue porque había estado destinado en Bosnia y se había visto involucrado en algún oscuro incidente con niños bosnios. Era y es un redomado cobarde. Una vez le agarré de la pechera mientras hacía *jogging* y él huyó de mí pidiendo socorro a gritos. Fueron años de denuncias y más denuncias por su parte, denuncias que continúan, pues estoy absolutamente convencido de que este es el chivato que puso a la Policía sobre mi pista y, por lo tanto, el causante de mi detención. Tiene suerte de que yo no sea el homicida que dicen los medios que soy, pues si lo fuera este hombre llevaría tiempo sin respirar.

Ahora se comprenderá mejor por qué digo que estaba harto de vivir en Las Rozas. Me sentía allí en un medio hostil, rodeado de gente deleznable, y sólo pensaba en empezar de nuevo en Brasil junto a Roberta. Pero necesitaba dinero para comprar una casa. Por primera vez valoré la posibilidad de expropiar un banco en Portugal, un país muy cercano donde yo era un perfecto desconocido. Dicho y hecho. Pertrechado de mapas, GPS, tienda de campaña y demás complementos, salí un viernes en mi fur-

goneta *Cirila* hacia Portugal. Corría el mes de junio de 2007 y elegí para el viaje un fin de semana porque me permitía pasar desapercibido, pues en esos días mucha gente de las ciudades sale de acampada y no resulta extraño a nadie, tampoco a los policías, encontrar una tienda de campaña montada en cualquier lugar de la geografía ibérica. En mi actividad es fundamental fundirse con el paisaje: ser un árbol en el bosque, una trucha en el río, un lenguado camuflado en la arena del mar... Decía Mao Zedong que el revolucionario tiene que moverse como un pez en el agua, con discreción y eficacia.

Llegué a Extremadura al atardecer y acampé en un tranquilo y paradisíaco lugar rodeado de alcornoques y encinas. Por la mañana continué hacia la frontera portuguesa y la crucé sin problemas por un camino no señalizado. Comí en Portugal y, después del café, decidí acercarme a Coimbra para estudiar las posibilidades de esa ciudad universitaria. A última hora de la tarde ya había montado mi campamento en un paraje apropiado de los alrededores. Tenía la intención de explorar los bancos por la mañana. El domingo amaneció luminoso. Al poco de entrar en el casco urbano localicé la zona comercial que albergaba también muchas sucursales bancarias, pero lo que vi no me gustó. No era fácil aparcar y no había salidas fáciles ni rápidas. Abandoné Coimbra y enfilé hacia el mar.

Mientras conducía, oí hablar en la radio del casino de Figueira da Foz. Una sencilla asociación de ideas me llevó a relacionar el casino con dinero y corrupción y pensé que no estaría de más echar un vistazo a esa ciudad costera. Entré en la localidad por el puerto y muy pronto di con la oficina del Santander Totta. Me pareció un banco inmenso. Estacioné a *Cirila* junto a un grupo de personas que pescaban con caña. Paseé por la avenida Otel Saraiva de Carvalho y vi que en las inmediaciones había varios bancos más, entre ellos la Caixa Agrícola, pero este es un banco portugués y mi objetivo es el capitalismo español. Me decidí entonces por Chez Botín, pero necesitaba ver la sucursal por dentro y en funcionamiento, por lo que tendría que volver en un día laborable.

Volví a la furgoneta y con duje en paralelo a la costa, en dirección norte, en busca de un lugar apropiado en el que pernoctar y montar la base de operaciones el día de la expropiación. Al llegar a Quiaios encontré una estrecha carretera en mal estado. Circulé por ella unos cinco kilómetros y giré a la izquierda, en dirección al mar. Estaba en el interior de un extenso y bellissimo bosque. Dejé la furgoneta entre unos árboles y acampé junto a ella, en un pequeño claro. El lugar era perfecto para mis planes. Dormí a pierna suelta, y después de desayunar a bordo de *Cirila* y recoger mis pertenencias me puse en marcha hacia Figueira da Foz. Iba vestido de *sport*, pero elegante. Con mi cámara de fotos bien visible

en la mano, era imposible distinguirme de cualquier turista. Tenía la intención de entrar en la oficina del Santander Totta y cambiar un billete de 200 euros. Se vería natural y a mí me serviría de excusa para observar las interioridades del banco. Ya saben: las cámaras de circuito cerrado, la ubicación del personal y de las cajas de caudales, la distribución de los despachos y del mobiliario, la posible localización de la caja fuerte y de los cofres de seguridad, los cajeros automáticos, las entradas, las salidas... Todo. Además, de efectuar la expropiación la llevaría a cabo unas semanas después, ¿y quién iba a recordar al turista que cambió 200 euros aquel lunes de junio?

Salí del banco, pero me quedé deambulando por la zona para controlar la hora de cierre y el flujo de vehículos y de viandantes. También apunté la frecuencia con que el vigilante del aparcamiento inspeccionaba los tiques de los vehículos allí estacionados. Incluso observé que el director tenía la costumbre de ir acompañado de algún cliente a un bar próximo a media mañana. En uno de mis paseos entré en el Ayuntamiento y tomé buena nota del número de policías locales que lo custodiaban. Valoré el conjunto de los datos recabados y llegué a la conclusión de que aquel banco era perfecto para expropiarlo. Seguro que podría conseguir un buen pellizco.

Pensé en la ruta de escape. Tenía que atravesar Portugal de oeste a este y entrar en España por Extremadura. Lo haría por la montaña, evitando las carreteras normales. Ya me ocuparía en Las Rozas de ultimar los preparativos de la operación. En la soledad de mi habitación buscaría en internet las posibles rutas y posiciones geográficas. Para ello usaría el programa Google Maps. Volví a Coimbra y me detuve en Carrefour. Era un punto de abastecimiento ideal que disponía, incluso, de gasolinera. Comí en uno de los restaurantes del centro comercial y, al ir a recoger mi furgoneta, vi que, justo enfrente, había otra idéntica a *Cirila*. Anoté la matrícula con el propósito de «doblar» las placas en el taller de Pinto. Esta sería la matrícula que utilizaría el día de la expropiación. Regresé a casa por el mismo camino fronterizo por el que había entrado a Portugal. Tenía un gran trabajo por delante.

A principios de julio volví a Figueira da Foz. Para entonces ya tenía los deberes hechos, placas de matrícula incluidas, pero necesitaba confirmar algunos datos y asegurar la ruta de escape. Tengo buena memoria y no necesité los mapas que llevaba, aunque para mayor seguridad anoté en mi cuaderno de ruta todas las posiciones. Los trabajos preliminares habían concluido y regresé satisfecho a Madrid. Por fin, el domingo 22 de julio de 2007, con *Cirila* cargada con las armas y todo lo necesario para la expropiación, salí de mi casa de Las Rozas rumbo a Portugal.

Me ha despertado el estridente ruido de la puerta de la celda en la que me encuentro. Un policía portugués me entrega una bandeja con el desayuno mientras me avisa de que en unos instantes me van a conducir ante el juez para ser interrogado. Es la dura realidad. Estoy en el calabozo de la sede de la Policía Judicial de Coimbra... y la pesadilla no ha hecho más que empezar.

LA ESPERA SE ME HIZO ETERNA , pero al fin se abrió la puerta de mi celda. Esposado, me obligaron a entrar en la parte trasera de un Rover blanco. Me flanqueaban dos de los polizontes que habían participado la víspera en mi detención. Eran Rui Pina dos Santos, policía número 20.664, nacido en Mozambique el día 20 de septiembre de 1964, y Nuno César Duarte Santa, policía número 24.503, nacido en Angola el 14 de octubre de 1971. Delante viajaban el conductor, Joao Rodrigues Queiroz de Oliveira, policía número 26.310, y el copiloto, Carlos Manuel Mourato Chambe, policía número 27.994, nacido en São Salvador de Aramenha (Marvão), localidad fronteriza con la provincia castellana de Salamanca. En menos de media hora llegamos al Juzgado de Figueira da Foz, donde se había concentrado mucha gente, sobre todo periodistas.

Había allí varios camiones de distintas cadenas de televisión, algunas españolas, con sus antenas parabólicas para enlazar con sus estudios por satélite. Entramos como pudimos en las dependencias judiciales donde habían desplegado un gran dispositivo policial. Me recluyeron en un calabozo a la espera de que llegaran el juez, el fiscal, la traductora y la abogada de oficio. Hubo más de un policía portugués que intentó hacerme fotos con la cámara de su teléfono móvil. No sé si las querían de recuerdo o para venderlas a los medios de intoxicación, siempre ávidos de morbo. Como hiciera en Coimbra, volví a deformar mis facciones para fastidiarles. No me tuve que esforzar demasiado, pues tenía la cara como un eccehomo por la cantidad de golpes que me habían dado estos policías miserables.

Tuve tiempo de echar un sueñecito reparador en un banco de madera que había en el calabozo, pero antes de tumbarme me preocupé de hacerlo en una postura que no les permitiera fotografiarme. Me desesperé al oír mi nombre. Escoltado por una legión de mercenarios comparecí ante una bonita mujer de ojos azules que resultó ser mi abogada de oficio. Se llamaba Elisa y me pareció una persona con carácter y muy inteligente. Ella me explicó los detalles técnicos de lo que iba a suceder a continuación. Así supe que iba a tener una audiencia con el juez Gonçalo Barreiros y con el fiscal Joao Romao. Mi abogada me recomendó que no respondiera a sus preguntas puesto que las diligencias procesales todavía eran secreto policial. Elisa me gustaba. Era una mujer muy guapa y femenina, con sus atributos de mujer más que evidentes, que tenía, además, una bonita voz. Pensé en la suerte que tenía su marido o novio por poder estar a su lado. Para mí, ella era la primera persona amiga que veía desde mi salida de Las Rozas. Por eso, cuando tiempo después tuve que renunciar a su trabajo como defensora por problemas jurisdiccionales, me sentí muy apesadumbrado.

Por fin me introdujeron en la sala de visitas, donde me esperaban todos los intervinientes en la vista. Allí estaban el juez, el fiscal, Elisa y María Luisa, la intérprete. También se hallaban presentes varios policías de Coimbra y algunas otras personas, todas sentadas en los bancos del público. Aquella pantomima fue muy breve. Me preguntaron si quería declarar y dije que no, así que me condujeron de nuevo al calabozo. Allí, los policías de la judicaria se permitieron bromear conmigo especulando con la posibilidad de que el juez me pusiera en libertad. Ja, ja. Era más factible que el infierno, de existir, se congelase antes de que eso sucediese. Yo sabía de lo que me acusaban en España y no era para hacerme ilusiones. De hecho, si el juez me hubiera dejado libre hubiese desconfiado, convencido de que me iban a aplicar la Ley de Fugas. Pronto dejamos de divagar, pues su señoría decretó mi ingreso en prisión sin fianza.

Los polizontes que me custodiaban me informaron de que había mucho revuelo en el exterior de los juzgados, pues estaban presentes muchos periodistas y reporteros de todas las televisiones de España y Portugal. Decidí no rehuir a las fieras. Al fin y al cabo, mi identidad había sido desvelada y se había acabado la larga clandestinidad. Ahora tocaba explicar a la gente los motivos de mi lucha. Ya que se me conocía como *El Solitario*, afrontaría la situación con orgullo y dignidad. Cuando me sacaron a la calle, antes de que me introdujeran en el vehículo policial, me erguí, miré a los objetivos de las cámaras y dije en voz alta:

—Hola a todos. Soy el Solitario. ¡Salud, españoles!



La frase, según supe después, se hizo famosa, aunque yo solo pretendía saludar a las personas que me estuvieran viendo. Asumía ser la persona que la Policía y los medios de intoxicación denominaban *El Solitario* y saludaba a los anarquistas de España y del mundo. Mi «¡Salud!» era un grito de guerra, una declaración política. Con él revelaba mi condición de anarquista, de la que estoy muy orgulloso. Considero que mi lucha es justa y no tengo nada que ocultar ni de lo que arrepentirme. Los policías portugueses se quedaron boquiabiertos. Creían que me iba a esconder como un cobarde. Estaban tan convencidos de que ocultaría mi cara, que llegaron a ofrecerme una camiseta para que me tapara. Está claro que no me conocían en absoluto.

Sin embargo, para los polizontes que me arrestaron, aquellos fueron sus días de suerte. Les había tocado el premio gordo. Con posterioridad a mi detención todos ellos fueron premiados con medallas al mérito policial por el ínclito Alfredo Pérez Rubalcaba, a la sazón ministro de la Porra de las Españas. Por su parte, el jefe de la banda, aquel irresponsable que se entretuvo jugando con mi pistola *Betsy* cuando tenía una bala en la recámara, fue ascendido a jefe nacional de la Policía Judicial de Portugal. A tal señor, tal honor. Sin duda, los delincuentes lusos se habrán llevado una gran alegría, pues Almeida Rodrigues es un manifiesto incompetente. En el momento de escribir estas líneas, lleva dos años en el nuevo cargo mientras Portugal asiste atónito a una oleada de asaltos y delitos violentos que quedan impunes.

De camino a la prisión de Coimbra, pasamos por la sede la Policía Judicial para recoger mis escasas pertenencias. No me dejaron llamar por teléfono, pero me invitaron a una lata de cerveza. Era de la marca Sagres. Lo recuerdo muy bien porque fue la última cerveza que he bebido. La cerveza siempre ha sido mi bebida favorita. Ahora ignoro si podré volver a saborearla, aunque algo me dice que sí. Seguro.

Cuando atravesé la cancela de entrada a la prisión, continuaba espasado. Me llevaron a un viejo y destartado caserón con muchas ventanas enrejadas desde las que muchos presos gritaban: «*Filhos da puta, filhos da puta!*». Como por entonces no entendía bien el portugués, pensé que se dirigían a mí llamándome «hijo de puta». Empecé a preocuparme pensando en la posibilidad de sufrir una violenta agresión a manos de mis nuevos compañeros. La razón, sin embargo, me decía que no sería así, pues yo jamás he actuado contra los portugueses y, en todo caso, mis supuestos delitos no son de los considerados deleznable, a saber: violación de mujeres y niños, ser un confidente policial o pertenecer a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad.

Me quitaron los grilletes y me calmé definitivamente en cuanto entré en el recinto carcelario, pues, para mi sorpresa, todos los presos que allí se encontraban me brindaron un aplauso atronador. Estaba totalmente anonadado. No hice más que estrechar manos, correspondiendo a sus saludos con cariño y humildad. Cuando les pregunté por qué habían gritado «*filhos da puta*», me explicaron que el insulto no iba dirigido a mí, ni mucho menos, sino a los policías que me escoltaban. Para mi tranquilidad, todos me habían visto en televisión y me admiraban. Se me acusaba de asaltar bancos y de apiolar a dos guardias civiles, y ambas actividades están muy bien consideradas en el medio carcelario. A pesar de que aclaré que yo jamás había matado a nadie, el hecho de haber conseguido burlar durante tantos años a la pasma y el haber expropiado tantos bancos en solitario, me confería una aureola mítica. Mis compañeros me consideraban un héroe y, consecuentemente, no tenía nada que temer. Al contrario, todos deseaban conocerme y me pedían autógrafos, como si fuese una estrella de cine.

Me tocó una celda en mal estado, llena de desconchones, que decía mucho de la dejadez de las instituciones penitenciarias portuguesas, de sus políticos y de sus funcionarios. Allí pasé la noche del 24 al 25 de julio de 2007, mi primera en la cárcel. Al día siguiente, con todo el tiempo del mundo por delante, me presenté en sociedad decidido a integrarme lo antes posible. Lo hice a la hora del desayuno, en el comedor, que era donde nos reuníamos todos los presos. Los carceleros no uniformados, por su parte, me fueron citando según sus funciones, tanto la asistente social como otros miembros del *staff* directivo. Querían tener una primera impresión de mi persona. Luego, me hicieron una foto para mi cédula de prisionero. Como me permitieron hacer una llamada telefónica, intenté hablar con Roberta, pero no lo conseguí. Visité el economato y compré un bolígrafo, un bloc de papel pautado, unos sobres y un café con leche. Creía que me quedaría en la prisión de Coimbra, pero uno de los carceleros me anunció que no sería así, sin más explicaciones.

Con los datos que recabé después, ahora pienso que la decisión de trasladarme se tomó en la reunión bilateral que tuvieron por aquellas fechas los ministros de la Porra de los dos países, Alfredo Pérez Rubalcaba y Rui Pereira. Se ve que, a su juicio, la cárcel de Coimbra, pese a ser una prisión de alta seguridad, era poca cosa para mí. Me consideraban acreedor de las máximas medidas represivas y el único lugar adecuado para mi espíritu maldito era el séptimo círculo del Infierno, vigilado por el Minotauro. Me vino a la cabeza la idea de que, en medio de todo, había tenido suerte, pues si me llega a detener en España la Policía o la Guardia Civil, mi cuerpo estaría a esa hora como un colador, cosido a balazos. De

hecho, luego tuve acceso a una circular enviada por la pasma española a la portuguesa en la que se les advertía de mi «extrema peligrosidad» y se les aconsejaba detenerme «con las máximas medidas de precaución», lo que traducido al romance quería decir que me dispararan primero y me arrestaran después. Afortunadamente para mí, los policías portugueses no estaban implicados emocionalmente en mi detención y se comportaron con alguna profesionalidad dentro de lo que cabe. Al menos no me asesinaron.

En la más absoluta ignorancia sobre mi futura vivienda estatal, me puse a tocar la guitarra que me prestó un compañero de fatigas. Entonces no lo sabía, pero esa sería la última vez que iba a tener ocasión de tocar un instrumento musical. En aquellos días, España entera estaba pendiente de mi persona. El cuarto poder del estado había desatado un huracán tóxico que se materializaba en todos los soportes: prensa, radio, televisión e internet. Abundaron los programas especiales sobre El Solitario realizados a salto de mata con enviados especiales a Portugal que propagaban insidiosamente la versión policial. Era una caza de brujas y yo era la personificación de su dueño, Satanás.

Los católicos celebraban ese día la festividad de Santiago, mi onomástica, y yo seguía tocando la guitarra, ajeno a toda aquella parafernalia policíaco-periodística, cuando unos individuos con aspecto patibulario, vestidos de negro y armados hasta los dientes, vinieron a buscarme. Sus cabellos rapados, sus musculaturas y su cara de mastuerzos de lataban su condición de militares profesionales o de polizontes de élite. Efectivamente, eran miembros de los GISP<sup>10</sup>, una versión lusa de los hombres de Harrelson. Les apodaban los «ninjas» por su lejano parecido a los legendarios guerreros japoneses, pero yo los rebauticé en su idioma como *baratas*<sup>11</sup>. Aduciendo motivos de seguridad, pero con ánimo vejatorio, aquellas cucarachas me obligaron a desnudarme. Luego me registraron y me hicieron entrar en una furgoneta sin soltar prenda sobre mi nuevo destino. Por la ventanilla pude ver que viajábamos por una autopista, y por la posición del sol y la hora que era supe que nos encaminábamos hacia el sur. La sirena del vehículo aulló sin parar durante las dos horas que estuvimos en movimiento, hasta que entramos en Lisboa y llegamos a la prisión de máxima seguridad de Monsanto, la casa de los horrores desde la que escribo.

---

10.- Grupos de Intervención de los Servicios de Prisiones.

11.- En portugués, cucarachas.

La cárcel de Monsanto había sido financiada con fondos de la Unión Europea destinados a la llamada lucha contra el terrorismo. En consecuencia, debía albergar a los presos que los gobiernos consideraran terroristas. Pero, como el Estado lusitano se encontró con que no tenía público objetivo que encerrar allí, solucionaron el problema encerrando en Monsanto a homicidas, traficantes, fugados, protegidos, díscolos y algunos extranjeros que habían asaltado bancos. Y allí me encontraba yo, un expropiador de bancos extranjero, considerado por ellos como «muy peligroso».

Volvieron a desnudarme y cachearme. Me quitaron los objetos personales y la poca ropa de calle que llevaba conmigo y, junto con una copia del reglamento interno, me entregaron el kit del presidiario, a saber: un mono marrón, estéticamente espantoso, unos calzoncillos igualmente horribles, un chándal de pésima calidad, unas incomodísimas zapatillas de deporte y la correspondiente ropa de cama. El reglamento no tenía desperdicio. En él todo eran obligaciones, y los derechos brillaban por su ausencia. Por su parte, los carceleros eran unos matones con porra y esposas, que creían ser la ley y que podían hacer lo que se les antojara. ¡Animalitos! Ya me encargaría yo de hacerles cambiar radicalmente su comportamiento. En la lotería despersonalizadora me cayó en suerte el número 92. Se suponía que tendría que usar el número asignado para todo. Pero yo soy Jaime Giménez Arbe, no un número, y tenía la intención de dejar claro ese extremo.

Me llevaron a la celda 52. Era nueva y la habían amueblado funcionalmente, con lo básico para vivir. Tenía un colchón extendido sobre un altillo de cemento, un plato de ducha, un retrete, un lavabo de acero inoxidable, un cajón metálico con un vidrio irrompible destinado a un televisor inexistente, una ventana y dos puertas. El mueble para el televisor estaba diseñado para que los presos no pudiésemos tocar el aparato, la puerta tenía una visera de vigilancia y solo disponíamos de una hora de agua caliente. Por lo demás, aquello era la suite nupcial del Ritz.

Siguiendo la moda de apariencia aséptica imperante en este tipo de centros, el edificio entero es de color blanco y carece de plantas. Los únicos animales a la vista, carceleros excluidos, son algunas palomas que revolotean a veces sobre el techo enrejado de los pequeños patios, eufemísticamente llamados «zonas de esparcimiento». Cómo será la cosa, que los presos llamamos a los patios, «*gaiolas*»<sup>12</sup>. En ellos se nos permite «pasear al aire libre» durante noventa minutos diarios, no pudiendo salir de las celdas durante las veintidós horas y media restantes. Tam-

---

12.- En portugués, jaulas.

bién estamos autorizados a llamar por teléfono dos veces por semana a nuestros familiares, pero las conferencias no pueden durar más de cinco minutos y deben contar con el visto bueno del guardián de turno.

Al poco de llegar a la celda, un carcelero me trajo la cena. La comida aquí, es escasa, aunque por la noche nos dan algún suplemento nutricional, normalmente leche o zumo, galletas y un bocadillo. Los alimentos los sirven dentro de una bandeja con tapa de plástico gris a la que llaman «*tabu leiro*»<sup>13</sup>. Cené, y como no tenía televisión, ni radio, ni libros, me puse el raquíptico pijama de presidiario, me metí en la cama y me quedé dormido. En sueños, repasé todos los hechos importantes que me habían acontecido desde la infancia. Repasé, en fin, mi vida. Pero, ¿quién era yo?

---

13.- En portugués, tablero.

ME LLAMO JAIME. Nací un día frío de enero de 1956 en el sanatorio de La Milagrosa, en la calle Modesto Lafuente del muy madrileño barrio de Chamberí. Soy el hijo primogénito de Marisol Arbe, una guapa mujer vasca, de San Sebastián, y de Jaime Giménez, un hombre muy valiente y de nobles convicciones, también de San Sebastián, aunque nacido accidentalmente en Zaragoza. Así, yo soy el producto del amor entre dos personas a las que el azar había reunido caprichosamente en 1951. Mi padre tenía por entonces 31 años, diez más que mi madre. Ambos llevaban vidas diferentes, cada uno en una dimensión, y se movían en universos distintos. No estaban, pues, destinados a conocerse.

Marisol, mi *amatxo*<sup>14</sup>, era hija de Emilio Arbe, un impresor natural de la localidad navarra de Berbinzana, y de María Illades, una bella mujer nacida en el valle de Liébana, en Cantabria. Mi abuela María, como mi bisabuela, había sido reina de la belleza del Valle. Y Jaime, mi padre, era hijo de Baldomero Giménez, un próspero dentista donostiarra, y de la valenciana Inés Leonor, una mujer también muy atractiva. Mi familia materna residía en el número 9 del paseo de Colón, en pleno barrio de Gros de la capital guipuzcoana. Vivían holgadamente gracias a la imprenta que mis abuelos tenían en la Plaza Viteri, también en Donostia. Mi madre, a la que siempre le han encantado los perros, solía sacar a pasear a la mascota familiar, un pequeño fox terrier llamado *Gaizki*. Como era joven, guapa y simpática, no le faltaban los pretendientes, pero ninguno le intere-

---

14.- En euskera, mamá.

saba lo suficiente... Hasta que un día, paseando a *Gaizki* por la calle Urbie-  
ta, se detuvo en un paso de peatones y, en ese preciso momento, el perri-  
to levantó la pata y marcó su territorio sobre la pernera del pantalón del  
señor que esperaba a su lado. Aquel señor sería mi padre. Se ve que Cupi-  
do andaba ese día por Euskal Herria y había lanzado sus flechas acer-  
tando de lleno en los dos corazones. Tras tres años de noviazgo, se casa-  
ron en 1954. Dos años después nació yo; a finales de 1957 lo hizo mi  
hermano Álvaro, y en 1960 lo haría mi hermana Elvira.

Cuando los generalotes Sanjurjo y Franco se sublevaron contra la le-  
galidad vigente, mi padre, que no había cumplido aún los 17, se enroló  
voluntariamente en las filas del Ejército vasco, a favor de la República.  
Había heredado las ideas republicanas y progresistas de mi abuelo Bal-  
domero y tuvo claro que era hora de actuar. Combatió en San Sebastián,  
en Vizcaya, en Asturias y en Cantabria, donde asistió a la caída de San-  
tander. Defendiendo el llamado «Cinturón de Hierro» de Bilbao, resultó  
herido y fue trasladado a la retaguardia. Al acabar la guerra, intentó elu-  
dir la represión franquista trabajando discretamente en una fábrica meta-  
lúrgica de Santander, pero fue detenido y encarcelado. Como era tan  
joven, logró fugarse haciéndose pasar por el repartidor de periódicos que  
acudía cada día a la prisión. Salió por la puerta principal con los perió-  
dicos en la mano, y consiguió regresar a San Sebastián. Allí se enteró de  
que su padre, mi abuelo Baldomero, había muerto y que su casa había  
sido allanada y saqueada por una horda de *requetés* navarros y por algu-  
nos de los moros que Franco se trajo de Marruecos. Mi abuela Inés y mi  
tía Margarita se habían quedado solas y desvalidas y a él le tocaba ayu-  
darlas, así que se puso a trabajar para una empresa, pro piedad de un  
industrial alemán, que vendía carbón a los barcos de cabotaje. Como mi  
padre hablaba francés por haber estudiado en el Liceo Francés de San  
Sebastián, el empresario germano se interesó por él, lo que le salvó de  
la cruenta revancha fascista que llevaron a cabo en Guipúzcoa falangis-  
tas na va rrocomo *El chato de Berbinzana*, famoso por asesinar en los  
hospitales a los soldados heridos en combate.

Pero un idealista como mi padre no podía dejar de luchar contra el  
fascismo allí donde se encontrara, así que al estallar la Segunda Guerra  
mundial empezó a colaborar con el Socorro Rojo Internacional, una orga-  
nización comunista que proporcionaba apoyo e infraestructura a los  
maquis que continuaban luchando en las montañas contra el franquis-  
mo y sus esbirros. Además, el Socorro Rojo también se encargaba de faci-  
litar información estratégica que luego usaban la Resistencia y los alia-  
dos para sabotear la maquinaria militar de los nazis. Como mi padre, por  
su trabajo, contactaba con las tripulaciones de los barcos a los que sumi-

nistraba carbón, y muchos llevaban pabellón alemán, se enteraba de cuándo, dónde y a quién iban di rigidos los fletes. Con tan valiosa información, los aliados localizaban sin dificultad a los mercantes nazis y los hundían en alta mar. Desde su puesto, mi padre cooperó en el hundimiento de muchos barcos alemanes que hoy reposan con sus cargas en el fondo del océano Atlántico. Lo hizo hasta que, en el año 1942, fue detenido por la policía política de Franco. Le acusaban de pertenecer al Socorro Rojo Internacional. Fue salvajemente torturado y arrojado por las escaleras por el comisario Melitón Manzanas, que odiaba todo lo que fuera vasco o comunista, y mi padre era ambas cosas. Recuerdo que cuando yo tenía 12 años vi a mi padre abrir a hurtadillas una botella de champán y brindar luego con mi madre. Tiempo después supe que celebraban su muerte a cargo de ETA. Personalmente no creo en el Cielo ni en el Infierno, pero de existir este último, Melitón Manzanas tiene que estar allí sufriendo el fuego eterno. Esa sola visión me reconforta.

El caso es que a mi padre le abrieron un proceso sumarísimo y fue recluido en la prisión donostiarra de Martutene. El auto comenzaba así: «Juan Corta Cuesta y cuatrocientos más...». En aquella cárcel coincidió con Enrique Pérez Sesma, Félix Txiki y el gran poeta José Hierro. Luego lo trasladaron a Madrid, a la prisión de Porlier, en el barrio de Salamanca, donde pasó cuatro años. Solía contarnos el hacinamiento que sufrían los presos, mal alimentados y plagados de piojos. Nos refería cómo aquellos cobardes carceleros fascistas esperaban a la noche para hacer «sacas» de prisioneros anarquistas, comunistas, republicanos de izquierda y socialistas auténticos (no confundir con los capitalistas del PSOE) que luego entregaban a los verdugos falangistas para que los fusilasen. Eran unos sádicos y lo demostraban jugando con sus víctimas. Cuando cantaban el nombre del prisionero que iba a ser asesinado, si había, por ejemplo, varios Juan Gómez, se demoraban en decir el segundo apellido para que todos padeciesen la angustia de creer que iban a ir al paredón.

Mi padre salió definitivamente en libertad en 1946. En Porlier había aprendido inglés, lo que, sumado al francés que ya hablaba, lo convertía en políglota. Su conocimiento de ambos idiomas le sería de mucha ayuda en el futuro, pues empezó trabajando en agencias de viaje hasta que se hizo guía turístico, profesión que ejerció durante toda su vida laboral, ocupando, en los años sesenta, el puesto de secretario del embajador de Turquía en Madrid. Recuerdo que, en cierta ocasión, mi padre nos llevó a mi hermano Álvaro y a mí a ver unas ruinas que estaban retirando de un gran solar en el que iban a construir nuevos edificios. Eran los restos de la infame prisión de Porlier. Sin decirnos el motivo de la visita, quiso que viéramos el lugar donde tanto había sufrido y, de alguna mane-



ra, nos invitaba a recoger el testigo de su lucha. Yo lo acepté. Recibí su herencia de combatiente contra la injusticia. Los tiempos cambian, pero si la injusticia permanece, la lucha se hace inevitable.

Mi padre vio reconocida su lucha antifranquista y anti capitalista cuando en los años noventa el Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca le concedió una pensión por el valor mostrado en la defensa de Bilbao. Mi querido *aita*<sup>15</sup> murió en 2004, a los 84 años. En mí dejó un recuerdo imborrable, como corresponde a alguien que siempre se mantuvo fiel a sus principios, y a un padre excepcional del que estoy muy orgulloso. Con todo, tuvimos diferencias políticas durante todo el tiempo que compartimos, pues es tradición que los hijos discutan con sus padres, pero él me abrió los ojos y me enseñó la verdadera cara de este mundo hostil. En definitiva, me considero lo que en euskera se llama *enbor bereko ezpala*, astilla del mismo palo que mi padre. Y a mucha honra.

En 1951, cinco años después de salir de prisión, mi padre conocía a Marisol, mi madre, gracias a la húmeda intermediación del perrito *Gaizki*. Pese a su juventud, ella tenía ya el título de maestra, aunque nunca llegó a ejercer la profesión. Era una mujer culta, que tocaba el piano como el abuelo Emilio tocaba el violín. Ella fue la que me estimuló desde muy pequeño para que estudiase música. Conseguí aprobar los cuatro años de solfeo con solo 12 años, siendo felicitado por el insigne Antón García Abril, catedrático, académico y Premio Nacional de Música.

Un año después de nacer mi hermano Álvaro, ya en 1958, dejamos San Sebastián y nos trasladamos a la casa de Pozuelo Estación, en la calle Juan Díaz Mula. Fui un niño feliz. Jugaba con mi hermano y con los gallos y gallinas que mis padres tenían en el desván de aquel caserón. Álvaro y yo pusimos nombre a todos, uno por uno, y llegué a quererlos y a considerarlos mis amigos. Cuando, en 1960, mis padres compraron un piso en el barrio madrileño de la Concepción y tuvimos que dejar aquella casa, nos encontramos con que no podíamos llevarnos con nosotros el gallinero, pero tampoco podíamos abandonar allí a aquellos animales. Mis padres solucionaron el problema matando poco a poco todos los gallos y gallinas. Yo notaba que cada día había menos, y que, durante un tiempo, todos los platos que mi madre cocinaba llevaban como ingrediente principal carne de pollo o de gallina. Asociar los dos hechos no fue difícil y, cuando asimilé lo que es taba pasando, me sentí como un caníbal sin escrúpulos que se había comido a sus compañeros de juegos.

---

15.- En euskera, padre.

La cosa es que, desde entonces, no fui capaz de comer pollo hasta que, en 1977, ya con 21 años, conseguí superar aquel trauma de mi niñez.

Al poco de instalarnos en la Conce, nació mi hermana Elvira. Mi madre, fiel a sus principios, tenía otro perro fox terrier de pelo duro al que también había llamado *Gaizki*. En aquella época aún no teníamos receptor de televisión y solíamos correr a escuchar la radio cuando oíamos la canción del anuncio de Cola-Cao, la de «Yo soy aquel negrito del África tropical...». Corríamos a coger sitio porque en aquel programa que tanto nos gustaba narraban cuentos tales como *La Cenicienta*, *Blancanieves y los siete enanitos*, *Caperucita Roja*, *El sastrecillo valiente*, *Pinocho*, etcétera. Éramos verdaderamente felices.

El barrio de la Concepción fue construido por el empresario franquista José Banús, el mismo que hizo el famoso puerto deportivo de Mar bella que lleva su nombre. Por entonces era un barrio nuevo al que habían ido a vivir innumerables parejas de jóvenes, por lo que pronto se llenó de niños. Yo iba a una escuela pública cercana a mi casa. Con cinco años aprendí a leer, las tablas de multiplicar y a hacer mis primeros palotes. Conocí también a otros niños del barrio, pero mi mundo giraba alrededor de mis padres, hermanos y perro. Para el nuevo curso, mis padres me tenían reservada una sorpresa. Al no haber plazas vacantes, no habían conseguido que me admitieran en el Liceo francés como quería mi padre, pero me habían matriculado en el Liceo italiano, pues ambos estaban convencidos del valor de una buena educación.

Con el paréntesis de la II República, la enseñanza en España siempre había estado en manos de la Iglesia católica. Ese es el motivo más probable por el que buena parte de las generaciones españolas hayan sido castradas mental e ideológicamente. Experiencias educativas no confesionales y de libre propagación de ideas, como la escuela moderna del insigne pedagogo catalán Francesc Ferrer i Guardia, habían acabado fusiladas en el castillo de Montjuich por la soldadesca fascista y por sus instigadores ensotanados. A las clases dominantes, las que detentan el poder político, económico y social, no les interesa en modo alguno un pueblo culto. El conocimiento está reñido con el oscurantismo religioso y cuestiona los principios injustos, cainitas y miserables en los que se basa la explotación del hombre por el hombre.

Así que entré en el Liceo italiano de Madrid en el curso preescolar. Mi clase era mixta, sin las odiosas discriminaciones de género que abundaban en las escuelas y colegios de la época, lo que me vino de perlas para percibir desde muy pequeño que las diferencias entre hombres y mujeres son solamente morfológicas. Somos iguales en inteligencia y capacidades, pero ligeramente diferentes en nuestra constitución física, solo

eso. En aquel centro pasé nueve años. Desde el primer día nos educaban en italiano y en castellano, con lo que pronto aprendí mi segunda lengua, lo que unido a mis conocimientos de música, otro idioma en sí mismo, me facilitaría en el futuro el aprendizaje del francés e inglés, y ahora del portugués. Allí estudié también latín, que me sirvió para aprender a hablar y escribir con corrección. Fui un alumno aplicado y saqué siempre buenas notas, hasta el punto de que llegué a ser acreedor de algunas becas. Algunos compañeros y compañeras de mi promoción fueron Lauro, Francisco, Carina (que era muy guapa) y Miguel Naveros, que hoy día es escritor y que sigue siendo tan memo como entonces. Después de mi detención leí una columna suya en la que contaba cómo me recordaba. Las sandeces que decía demostraban que no me había llegado a conocer en absoluto, y lo lamento. Como lamento su falta de ética y el hecho de que haya pretendido hacerse famoso a mi costa. Otros muchos compañeros y compañeras que sí me conocían, entre ellos alguna famosa actriz de cine y televisión, optaron por no hacer declaraciones, y eso les honra.

Las cosas fueron bien para mí en el Liceo italiano hasta el fatídico curso en el que cambiaron de director. El nuevo era un fascista llamado Italo Simonelli que nada más llegar inició una caza de brujas al mejor estilo macartista. Su primera víctima fue el hijo de un notorio comunista italiano afincado en Madrid. Luego la tomó con cualquiera que no comulgase con su ideario de camisa negra. Yo era ya un adolescente y me había dejado el pelo ligeramente largo, a la moda «beatle». Tamaño delito me puso en el punto de mira de aquel tipejo, que me empezó a acosar con todos los medios a su alcance, que eran muchos.

El asunto se hizo insostenible el día en que el profesor de Gimnasia, un pelota del director apellidado Bastera, y un judas de mi clase llamado Ignacio Medina, se abalanzaron sobre mí en la cancha del gimnasio y se atrevieron a cortarme un mechón de pelo arma dos de unas tijeras. El mensaje estaba claro. Acto seguido me llamó el director para decirme que me tenía que cortar el pelo porque las nuevas normas del centro, sus normas, así lo establecían. Pero coincidió que el curso estaba llegando a su fin y aquella mala imitación del Duce, amante de la parafernalia fascista, organizó un vistoso espectáculo gimnástico escolar. El programa incluía un número en el que uno de los mejores gimnastas del colegio y otro compañero saltarían un plinto y un aro de fuego para, a continuación, caer dando una voltereta sobre una colchoneta. Todo muy teatral. Para prender el aro habían dispuesto un recipiente con alcohol de quemar.

Cuando vi lo que preparaban, me faltó tiempo para aguarles la fiesta, nunca mejor dicho. El sabotaje era sencillo. Sólo tuve que llenar parcialmente de agua el recipiente con alcohol y esperar. Efectivamente, cuan-

do el responsable de mantenimiento empapó de alcohol al aro para prenderlo, el agua lo impidió. El hombre lo intentaba una y otra vez, y el aro seguía negándose a encenderse. El público se reía con la escena mientras el director parecía estar a punto de apoplejía. Yo me reía también, encantado de haber saboteado la pequeña olimpiada fascista. Pero alguien me había visto y le fue con el cuento a Simonelli. El director me llamó a capítulo en su despacho. La situación era grave, pero yo recordaba lo sucedido y no podía ponerme serio. Simonelli interpretó la sonrisa que iluminaba mi cara como un acto añadido de rebeldía y, en medio del sermón, se levantó de su sillón, se acercó a mí y me tiró del pelo. Hasta ahí llegamos.

El director era un hombre de elevada estatura. Yo calculé mentalmente la distancia entre su ingle y mi pie y le lancé una patada a los testículos. Fallé por poco, pero Simonelli se llevó un buen puntapié. Le había proporcionado el motivo perfecto para expulsarme y lo aprovechó en el acto. Yo tuve que abandonar el Liceo y el director consiguió su objetivo. Posteriormente me llegarían dos noticias a cual más interesante. La primera, la identidad del chivato que le fue con el cuento a Simonelli: un judas de mi clase apellidado De Prada. La segunda, el cese fulminante del director porque, según la versión oficial, las cuentas del centro eran «irregulares», lo que traducido al román paladino significa que lo pusieron en la calle por chorizo. Desde la libertad que me proporcionaba mi situación de ex alumno, ajeno a la disciplina colegial, me di el gustazo de propinar al tal De Prada dos buenos puñetazos en la cara, uno de los cuales le partió el labio. A propósito de este episodio, en medio de la marea de comentarios de toda laya que se hicieron sobre mi persona tras mi detención, algún maldiciente me acusó ante los micrófonos de haber partido de un cadenazo el labio de una niña llamada Annalisa. Quiero aclarar que de niña y de cadenazo, nada. Dos certeros puñetazos a un chivato apellidado De Prada, esa es la verdad.

Jamás he maltratado a una mujer. Las mujeres me gustan, a algunas las amo y a todas las respeto. No digo que no haya tenido ganas de dar un guantazo a mi intrigante vecina de Las Rozas, pero no lo haré nunca, precisamente, por ser mujer. Por ese poderoso motivo tiene patente de corso. Y por ese poderoso motivo conserva todos sus dientes. Soy de la opinión de que solo los cobardes golpean a las mujeres. Solo se me ocurre una excepción: las mujeres policías. A esas no tendría inconveniente en ajustarles las cuentas, pero no por ser mujeres sino por su infame condición de policías.

Pero todo eso sucedería años después. De momento estábamos en el barrio de la Concepción, en la época en la que se instalaron en él muchos

militares estadounidenses destinados en la base de Torrejón. De repente, las calles se llenaron de coches impresionantes que contrastaban con los nacionales y austeros Seat. Yo contemplaba con admiración aquellos vehículos de las marcas Chevrolet, Buick, Pontiac, Studebaker, Chrysler, y tantas otras, que sólo había visto anteriormente en las revistas o en algún álbum de cromos. Reconozco que desde entonces me encantan los vehículos *made in USA*.

Desde muy pequeño demostré una gran habilidad para los trabajos manuales. Cogía las herramientas de mi padre y hacía todo tipo de cosas. Recuerdo que construí un barco con sus velas y hasta un *flipper*<sup>16</sup> mecánico que hice con un tablero de madera, pinzas de tender la ropa, clavos, gomas, una bola de acero y mucho ingenio. También inventé un telégrafo a pilas que, con la ayuda de un lápiz, escribía sobre un rodillo de papel, y por el que me felicitaron en el colegio. Y ya en la pubertad, mi amigo Pepín y yo construimos un *kart* con el motor de una moto Lambretta abandonada.

La vida en la Conce era para mí la propia de un niño de los sesenta. Las dos principales actividades eran jugar y estudiar, o lo que es lo mismo: la calle y el colegio. Me vienen a la memoria los nombres de algunos compañeros de juegos y travesuras, niños y niñas: Nando, Cristóbal, Pepito, Valentín, Marisa... Por aquellas fechas nos empezaban a gustar las niñas y, modestia aparte, yo también empezaba a gustarles a ellas, pero, por nuestra inexperiencia, no sabíamos qué hacer cuando nos juntábamos a solas o en grupo. Ellas, con picardía, nos pedían jugar a médicos y enfermeras, pero nosotros, bastante más pardillos, no veíamos el objetivo de ese juego y preferíamos el escondite o el clásico de policías y ladrones. Como el amable lector o lectora habrá supuesto ya, yo prefería el papel de ladrón.

---

16.- Máquina electrónica de juego provista de un tablero sobre el que se impulsa y se intenta controlar una bola por medio de una serie de palancas que se accionan desde botones exteriores.

EN CIERTA OCASIÓN, UNA NIÑA MUY ATRACTIVA llamada Mónica, que hacía de policía, me atrapó. Pero para reducirme tuvo que abrazarme, y entonces sucedió. Me invadió una sensación desconocida, muy fuerte e intensa, que me impulsó a besarla en los labios. Para mi sorpresa, Mónica, lejos de apartarse, correspondió a mi beso. Un tanto turbado, me escapé de sus brazos y ella no intentó perseguirme de nuevo. Nos convertimos en pareja de juegos, y ahora sí practicábamos el de médicos y enfermeras. Me encantaba tratar las dolencias de Mónica en exclusiva y ella jamás permitió que otros muchachos la auscultaran. Mónica fue, pues, la primera chica a la que besé y mi primer amor adolescente.

Luego vendrían otras. Margarita era una chica rubia y guapa que vivía en la calle Virgen del Castañar. Solía acercarme en bicicleta hasta su patio, algo distanciado del mío, sólo para verla. Congeniamos, y cuando, cierto día, estaba yo tocando la guitarra en el parque del barrio, vino a hablar conmigo. Nos besamos, pero lo debí de hacer fatal porque ella se rió. Le pedí que me enseñara a hacerlo bien, ya que tenía mucho interés en aprender. Margarita resultó ser una excelente profesora. Ella me inició en los besos con lengua. Tumbados en el suelo, abrazados, tuve mi primera erección y, también por primera vez, mojé mis calzoncillos. Margarita estaba algo chiflada. Me llevaba a pasear por el cementerio y nos acariciábamos sobre las lápidas. En una ocasión, su mano tropezó con mi sexo, pero yo me cohibí y me ruboricé, estropeando las posibilidades del momento. Sin embargo, la experiencia me había gustado. Tenía 14 años y era muy consciente de los cambios que se estaban produciendo en mi persona. Empezaba a salirme la barba y las hormonas se rebela-

ban en mi interior. La niñez había quedado atrás y me estaba convirtiendo en todo un hombre. Estábamos en 1970 y comenzaba una década que habría de dejar una gran huella en mí, pero aún no lo sabía.

Como había sido un buen estudiante, mis padres me regalaron un ciclomotor Derbi de 50 centímetros cúbicos. Mi tía abuela Natividad, por su parte, me compró, además, una maravillosa guitarra acústica de seis cuerdas que, treinta y ocho años después, guardo en mi casa de Las Rozas como oro en paño. Llevo sin tocar la guitarra desde mi detención, pues en ninguna de las cárceles por las que he pasado me han permitido hacerlo, por razones de «seguridad». El argumento es «falso de toda falsedad», que diría José Luis Rodríguez Zapatero. La única verdad es que las cárceles están creadas para anular la personalidad de los prisioneros y, consecuentemente, se nos impide cualquier actividad creativa.

Aquella moto imprimía carácter, al menos a mí me lo parecía. A mi edad y sin permiso para conducirla, mi flamante Derbi me proporcionó una autonomía que me resultaba muy útil y atractiva y me abrió la puerta a otra dimensión. Acababa de comenzar a salir con una chica morena, muy bonita, llamada María Jesús Sánchez Abascal y la motocicleta nos vino de perlas. La llevaba de paquete, lo que le obligaba a pegar su delantera a mi espalda. Yo notaba en mi piel sus formas de mujer y me ponía, valga la redundancia, como una moto, esta de mucho más cilindrada que la mía. Retozamos por todos los parques y jardines de Madrid. Nos tumbábamos sobre la hierba y el ardor juvenil hacía el resto.

Aquel año, a algunos jóvenes de la Conce se nos ocurrió formar un grupo musical. Yo tocaba el órgano electrónico y mi amigo José Antonio Martín Gardoqui se encargaba de hacer sonar la batería. Lo hacía muy bien y, con el tiempo, llegaría a integrar la mítica banda de rock Burning, la que cantaba aquello de «¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?». José Antonio tuvo una influencia determinante en mi gusto por el rock. Él disponía de una amplia colección de discos de vinilo en la que no podían faltar temas de los mejores grupos de rock. Gracias a él tuve acceso a algunas canciones prohibidas por la dictadura.

En nuestro barrio, más concretamente en la colonia de San Vicente, ensayaban Los Bravos, autores, entre otros, del éxito mundial *Black is black*. Se reunían en el chalé de Tony, el guitarrista. A Tony no lo conocíamos demasiado, pero su hermana era muy famosa entre nosotros. El motivo de tanta popularidad era puramente anatómico, pues la naturaleza, siempre generosa, le había dotado con un par de gloriosas tetas que, por inalcanzables para nosotros dada la diferencia de edad, estimulaban nuestra calenturienta imaginación. Nosotros acudíamos a aquel chalé de la colonia de San Vicente con la humildad del discípulo ante su maestro.

Oír cantar a Mike Kennedy era un lujo, y el ejemplo de Los Bravos suponía un estímulo que nos animaba a continuar nuestra carrera.

Los instrumentos musicales eran carísimos, lo que quería decir que para nosotros eran tan inalcanzables como las tetas de la hermana de Tony. Había una razón política para aquellos astronómicos precios, pues existía un impuesto «de lujo» que se aplicaba a las guitarras eléctricas, amplificadores, baterías, órganos eléctricos... Se trataba de poner las cosas difíciles a los jóvenes que optábamos por el rock, por definición rebelde e incompatible con la dictadura. Nuestros modelos eran The Rolling Stones, Free, Ten Years After, Black Sabbath, Johnny Winter, Alvin Lee, Canned Heat, Traffic... Eran los tiempos de la psicodelia y guitarristas como Jimmy Hendrix, cantantes como Janis Joplin y bandas como Pink Floyd, eran lo máximo. En cuanto al rock español, lo más avanzado se encontraba en Sevilla, y grupos de allí, como Simun, recalaban en Madrid.

Nosotros conseguimos un local miserable y cochambroso en el que ensayar. Nos faltaba de todo, pero compensábamos las carencias con ingenio. Peregrinábamos por las tiendas de instrumentos musicales, fisgando y probándolo todo, hasta que, invariablemente, nos echaban. Nuestro poder adquisitivo era inexistente, por lo que no podíamos comprar lo que nos gustaba. Además, la autoridad constituida, lejos de fomentar nuestra actividad creativa, nos ponía una y mil trabas para desarrollarla, pues, como se ha dicho, el Estado la veía con suspicacia. De hecho, la Policía Armada, los «grises» de toda la vida, nos solían parar en la calle, obligándonos a identificarnos, por el solo hecho de llevar el pelo largo, expresión estética de desafección al franquismo y de rebeldía social. Y como ya habíamos empezado a fumar nuestros primeros cigarrillos de hachís, la cosa se complicaba, pues el trinomio «rock, melena y porros» nos situaba enfrente de las normas y costumbres de la sociedad bienpensante del Régimen. Pero éramos jóvenes y guapos y nos movíamos al margen de las pautas del sistema. Para colmo, siempre nos acompañaban las chicas más atractivas, lo que suscitaba la envidia general.

Por entonces conocí a María José, una cubana afincada en Madrid. También era una chica de gran belleza, algo mayor que yo. Congeniamos en seguida y, en la primera ocasión que se nos presentó, hicimos el amor. Fue mi primera vez, aunque ella ya había tenido otra experiencia. Lo hicimos sobre una colchoneta, en nuestro local de ensayo, aprovechando un rato en el que estábamos a solas. Cerramos con llave y pusimos un disco de Crosby, Stills & Nash. Cuando ya nos habíamos corrido un par de veces, llamaron a la puerta. Era el propietario, que había oído la música y se había acercado a fisgar. Afortunadamente, debía de ser un hombre liberal, pues cuando vio allí a una tierna parejita, sonrió y se fue para no



molestar. Todavía tuvimos tiempo y ganas de repetir antes de salir. Luego nos fuimos a un parque, a refrescarnos con el aire de la calle.

El lugar estaba muy animado. Varios jóvenes habían organizado un *happening* y el ambiente estaba impregnado del inconfundible aroma de la resina de hachís. Allí se encontraba también mi hermano Álvaro con algunos amigos. Siempre me he llevado muy bien con Álvaro. A pesar de ser dos años menor que yo, hemos trotado mucho juntos. Recuerdo que cuando estábamos en San Sebastián, nos tocaba pasear a *Gaizki II*, que ya estaba muy viejo. Solíamos ir por la orilla del río Urumea, hasta el puente del Kursaal, donde nos quedábamos mirando con admiración y curiosidad a los experimentados pescadores que lanzaban allí sus cañas. No sé cómo lo hacían, pero los peces picaban constantemente y ellos los recogían uno tras otro. Cuando *Gaizki* encontraba el lugar adecuado, hacía sus cacas sin preocuparse de los míseros humanos que pudieran estar observándole. Nosotros recogíamos con mucho cuidado los excrementos y los guardábamos hasta que encontrábamos aparcado algún coche caro, al que embardunábamos de mierda las manillas de la puerta del conductor. Nuestra incipiente conciencia social nos llevaba a respetar los utilitarios y reservar las deposiciones de *Gaizki* para los coches de lujo. Lucha de clases, se llama la figura. Alguna vez tuvimos suerte y alcanzamos a ver cómo algún desafortunado ricachón retiraba la mano de la manilla de la portezuela a la velocidad del rayo, como si le hubiese mordido una cobra, se la olía con cara de asco y lanzaba juramentos a los cuatro vientos. Álvaro y yo nos moríamos de la risa.

Casi nunca teníamos dinero, aunque es verdad que tampoco nos hacía demasiada falta, pues en aquellos tiempos no existía el consumismo, y las raras ocasiones en que disponíamos de algo de efectivo solíamos comprar chucherías, jugar al fútbolín o ir al cine. Adquiríamos entradas de gallinero (las más baratas) y, en cuanto se apagaba la luz de la sala, esperábamos la menor distracción del acomodador para deslizarnos furtivamente hasta el patio de butacas. Otras veces íbamos a visitar a mis tíos José Félix Sarasate, *Pepe*, y Margarita Giménez, hermana de mi padre. Yo sentía devoción por aquella pareja. El marido de mi tía era pariente del gran violinista Pablo Sarasate. Ejercía su profesión de abogado y era un hombre sumamente divertido. Me encantaba estar con él. En su casa había una televisión que, además de las dos cadenas españolas, sintonizaba los canales franceses. Al tío Pepe le faltaba tiempo para poner la televisión francesa en cuanto empezaba el noticiario de TVE. Con mi tía Margarita crucé varias veces la frontera. Estuvimos en Hendaya, Biarritz y San Juan de Luz. Aquello era un mundo en colores que contrastaba con la España gris de la dictadura.

Los días en Donostia se habían acabado y ahora pasábamos todo el año en Madrid. Álvaro también se había agenciado una motocicleta y ya recíamos dos miembros pobres de Hell Angels, y digo pobres porque ni la Torrot de mi hermano ni mi Derbi tenían que ver con las legendarias e impresionantes Harley Davidson que montaban Peter Fonda y Dennis Hopper en la película *Easy Rider*. Estábamos en 1971. Ya tenía 15 años y seguía tocando en nuestra precaria banda de rock. Necesitábamos un equipo amplificador de voces y micrófonos y no teníamos dinero ni posibilidad de tenerlo. Entonces, alguien tuvo una idea revolucionaria: si no puedes comprarlo, tómallo, es tu derecho. La propuesta quedó flotando en el aire, pero nadie sabía cómo ponerla en práctica. Sabíamos qué tienda tenía lo que necesitábamos, pero ¿cómo transportarlo? Solo disponíamos de algunas motos y no eran los vehículos ideales para cargar tan aparatoso botín. Ese fue el momento en que alguien nos presentó a Antonio, más conocido por *Tatu*. Tatu llegó a nosotros providencialmente, pues tenía una habilidad que a nosotros nos iba a venir muy bien: sabía robar coches. Vivía en el barrio de San Blas y había aprendido a conducir con los vehículos que robaban otros amigos suyos.

En esa época se comercializaba un *foie gras* de la casa Mina, una empresa navarra propiedad de los suegros de Carlos Garaikoetxea, el que fuera lehendakari del Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca. El paté en cuestión se vendía envasado en unas pequeñas latas que llevaban incorporado un abrelatas con un asa elíptica, popularmente conocido por la «fuagrasa». Esta, resultó ser una estupenda ganzúa que servía tanto para abrir coches como para accionar el contacto de los mismos. Tatu se reveló como un consumado expropiador de vehículos y un experto conductor. Así que ya teníamos la manera, el medio y el objetivo. La hora de la verdad llegó una noche de octubre de 1971. Necesitábamos un coche grande, con espacio suficiente para cargar todo el material que pensábamos llevarnos, así que Tatu expropió un Seat 1.500 familiar. El objetivo era una tienda situada justo frente a la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, en el barrio de Salamanca, y era propiedad de un tal Sabino, un tiparraco franquista mal encarado. El barrio de Salamanca era nido y cantera de peligrosos fascistas, muchos de ellos Guerrilleros de Cristo Rey y militantes de Fuerza Nueva, lo que lo convertía a nuestros ojos en un objetivo en sí mismo. No había, pues, nada de malo en expropiar a un facha para fomentar el arte de Terpsícore, todo por la música, pero nunca habíamos cogido nada ajeno y albergábamos ciertos escrúpulos. Desechamos la aprensión al recordar al tipejo de la tienda de instrumentos musicales y Tatu, José Antonio y yo nos citamos para aquella misma noche.

El Madrid de 1971 no era el Madrid de hoy. Lo que hicimos entonces no hubiese sido posible en la actualidad. La capital de España es ahora una ciudad policial. Policías municipales, policías nacionales, policías secretas, guardias civiles, alarmas, empresas de seguridad parapolicial... Policías hasta en la sopa. Yo la llamo «la ciudad madero». Pero cuando yo tenía 15 años, Madrid era un lugar apenas vigilado y el escaso control policial era fácilmente sorteable. No había alarmas conectadas a comisarías o compañías de seguridad y los policías tardaban una media de veinte minutos en atender un aviso. Además, la frecuencia de la Policía se podía interceptar con un simple transistor que tuviera banda de FM.

Así se explica que tres menores de edad a bordo de un Seat 1.500 familiar llegásemos sobre las cinco de la madrugada a aquella tienda de la calle Jorge Juan sin el menor problema. Tatu se quedó en el coche, con el motor en marcha, preparado para la huida. Mientras, José Antonio y yo franqueamos la puerta utilizando la alta tecnología española: rompiendo el cristal con un adoquín que habíamos encontrado en una obra cercana. En pocos minutos nos hicimos con un equipo amplificador de voces, altavoces, micrófonos y cuatro guitarras eléctricas, que cargamos en el amplio Seat. No nos vio nadie o, al menos, como en la canción de Rubén Blades *Pedro Navaja*, no hubo curiosos, no hubo preguntas, nadie salió... Abandonamos el lugar de los hechos tranquilamente. Aparcamos el coche en un descampado del barrio y nos quedamos dormidos dentro, junto a los instrumentos incautados. Quedaba claro que como profesionales del robo éramos un de sastre, pero la expropiación había sido un rotundo éxito.

A esas alturas, ya teníamos otro local de ensayo y habían cambiado también algunos componentes de la banda. A la guitarra estaba Pablo, al que apodábamos *El marmolista* porque en su casa, donde ensayábamos, su padre tenía un taller de lápidas para tumbas; José Antonio, más conocido por *Pichita de oro* por razones obvias, tocaba la batería; al bajo, Iñaki; y quien esto escribe tocaba el órgano electrónico. Guardamos los instrumentos que le habíamos birlado a Sabino el facha en un local anexo al taller del marmolista, que estaba muy cerca de la Plaza Bami, instalamos los que íbamos a usar y los probamos. Sonaban de maravilla. Por fin teníamos los medios necesarios para desarrollar nuestro arte. Cuando llegaron al local los que faltaban, abrieron los ojos como platos. No daban crédito a lo que veían. Aquella tarde ensayamos, y la cosa salió mejor que bien. El local se llenó de chicos y chicas que disfrutaron sinceramente del espectáculo.

Así estuvimos unos meses, pero, como es lógico, aspirábamos a dar nos a conocer, necesitábamos compartir nuestro arte con un público más

numeroso que el que habitualmente venía a nuestros conciertos. A pesar del boicot institucional que padecíamos el rock y los roqueros, conseguimos actuar en la mítica discoteca Argentina del barrio de San Blas, pero, eso sí, por amor al arte, nunca mejor dicho, o lo que es lo mismo: *gratis et amore*. Fue todo un exitazo. Allí estaban todos nuestros amigos y amigas. Aquel fue mi bautizo artístico. Y aunque no ganamos un solo duro, nos salieron muchas novias. Lo uno por lo otro.

Iñaki, que se llamaba (y se sigue llamando) en realidad Ignacio Conejero García-Cuenca, era un pesetero, nos decía que él sólo quería ganar dinero y que no le importaría tocar música pachanguera los domingos si le pagaban bien. A él lo único que le movía era el vil metal y pretendía arrastrarnos a todos a desperdiciar el tiempo y el talento, vestidos con trajes horteras y ridículos, tocando en las fiestas de los pueblos infames canciones comerciales. Lo he citado con nombre y apellidos porque demostró ser un mal compañero y un traidor. Yo personalmente le había regalado un Fender Precision, una magnífica guitarra de bajos de considerable valor y precio, pero de haber sabido cómo se iba a comportar con nosotros en el futuro, le habría dado en su lugar un par de puñetazos. Iñaki es conocido en el mundillo musical porque en los años ochenta formó parte de la banda de Caco Senante y, después, de la del difunto Antonio Flores, un gran artista como todos los Flores. El caso es que este Judas Iscariote pagó nuestra camaradería y generosidad denunciándonos a la pasma como autores de la incautación de los instrumentos musicales de la calle Jorge Juan. Parece ser que le pidieron que justificase con una factura la posesión del Fender Precision y, al no poder hacerlo, llegó a un acuerdo con la Policía y nos dejó a todos. Es basura.

A principios del año siguiente, 1972, mis padres ya habían vendido el piso de la Conce y nos habíamos trasladado a Majadahonda. La banda de rock se había disuelto y yo me había llevado conmigo mis instrumentos, incluidas dos guitarras eléctricas Gretsch y Gibson. Gracias a nuestro «amigo» Iñaki Conejero, los secretas habían detenido a José Antonio y me buscaban a mí, pero, como había cambiado de domicilio y no había vuelto por mi antiguo barrio, no habían dado aún conmigo, pues no sabían dónde vivía. Pero la suerte no te sonríe eternamente y el 1 de marzo, a primera hora de la mañana, fui despertado violentamente por un despreciable tipo gordo y bajito que me apuntaba a la cabeza con una pistola Star del nueve largo, la reglamentaria de la policía franquista. El tipo gordo y repulsivo se llamaba Don Otto y era un fascista de origen germánico. Lo gracioso es que Don Otto es también el protagonista de muchos chistes chilenos, siendo la caricatura del alemán vecindado en el sur del país, algo porfiado y un poco «lento». El esbirro no tenía man-

damiento judicial y había allanado la casa de mis padres, llegando a empujar a mi madre.

Excuso contar aquí la terrible manera de despertar que tuve aquel día aciago. Yo solo tenía 16 años, pero las leyes franquistas me consideraban mayor de edad a efectos penales. Me esposaron, me dieron un par de golpes y me introdujeron en un vehículo camuflado de la policía secreta. En el coche me esperaba el inspector Muro, quien, pese a mi extrema juventud, me golpeó con saña. Me llevaron a la comisaría de Buenavista y allí continuaron los malos tratos. Yo estaba aterrorizado. Al parecer, el dueño de la tienda de instrumentos musicales de la calle Jorge Juan, aquel facha que atendía por Sabino, pertenecía a la Guardia de Franco y era amigo personal del dictador, por lo que el asunto no podía quedar así, que no sabe usted con quién está hablando. Y como yo fui el último en ser detenido, me consideraban el más escurridizo y me tenían más ganas, si cabe, que a mis dos compañeros. Me dieron golpes y patadas a discreción, me llegaron a pegar en la cabeza con el listín de teléfonos de Madrid, y yo resistía, negándolo todo. Entonces vino el estrambote teatral. Los policías llevaron ante mí a Iñaki Conejero García-Cuenca, el asqueroso soplón que nos había delatado y que allí, delante de mí, volvió a denunciarme, señalándome con el dedo, como la persona que le había regalado la guitarra eléctrica de bajos, y a Tatu, a José Antonio y de nuevo a mí, como los responsables de la expropiación de los instrumentos musicales. Quedé anonadado por tamaña traición.

De la comisaría de Buenavista me trasladaron a la Dirección General de Seguridad, la tristemente famosa DGS, en la Puerta del Sol, en pleno centro de Madrid, donde hoy se encuentra la sede del Gobierno de la Comunidad Autónoma. Para mi sorpresa, allí no me golpearon, aunque pude oír los lamentos de otras personas que habían sido interrogadas y torturadas por los policías. El ambiente era terrorífico para un chaval de 16 años. Después de unas horas, me volvieron a trasladar, esta vez al Palacio de Injusticia de Madrid, en la calle Bárbara de Braganza, reconvertido hoy en sede del Tribunal Supremo. Allí me encerraron en un calabozo junto con otros detenidos. Éramos ocho presos para tres literas metálicas de diseño, de diseño nazi quiero decir. Hasta la almohada para reposar la cabeza era de metal. El resto del mobiliario lo componía un único banco de madera. No nos dieron de comer ni de beber en todo el tiempo que pasamos en la celda. Simplemente nos encerraban y se olvidaban de nosotros. Así pasé dos días. Cuarenta y ocho largas horas que me hicieron recordar las penalidades sufridas por Edmundo Dantés, el protagonista de la excelente novela *El Conde de Montecristo*. Por fin me sacaron de allí y me subieron a las dependencias judiciales solo para que uno de

aquellos mercenarios togados firmara mi ingreso en prisión. Ni declaración me tomaron. A la cárcel, sin más.

Entré esposado junto a otros presos en un autobús celular de la Policía Armada que tenía como destino la Prisión Provincial de Madrid, más conocida por «cárcel de Carabanchel», sita en la avenida de los Poblados. Al llegar, nos hicieron descender del autocar y entrar en aquel museo de los horrores. Se veían por doquier caras de sufrimiento. Los carceleros, a los que luego supe que en el argot taleguero se les llama «boque-ras», iban embutidos en un alienante uniforme de color verde con una ridícula gorra de plato a juego. Después de tomarnos las huellas dactilares, medirnos la altura y comprobar si lucíamos en nuestros cuerpos algún tatuaje o marca, nos abrieron una ficha. Luego nos dividieron por edades. Como yo tenía solo 16 años, iría destinado al módulo de menores de edad, pero antes tendría que pasar tres días con sus noches en lo que se denomina «módulo de ingresos» y que viene a ser un lugar de aclimatación previo a la adjudicación de la celda definitiva. Allí tuve que dormir sobre unos inmundos colchones de paja que había en el suelo y abrigarme con unas mantas cuarteleras de ínfima calidad y menor limpieza.

El módulo de ingresos para menores estaba situado en la sexta galería de la cárcel, la misma en la que estaban reclusos los prisioneros políticos. Allí conocí a Marcelino Camacho, secretario general de Comisiones Obreras, que era el encargado de entregar a los presos unos cubos de plástico donde los familiares metían comida. Tengo que decir públicamente que el señor don Marcelino Camacho era y es una persona absolutamente íntegra. Con él al cargo de la comida, jamás faltó uno solo de los alimentos que los familiares entregaban a los presos. Era una persona sencilla y muy accesible. Desde entonces, y pese a nuestras diferencias políticas, le profesó una gran simpatía. Ya me habría gustado que todos los secretarios generales que le sucedieron al frente de Comisiones Obreras hubiesen tenido su estatura ética y humana. Lamentablemente, no fue así, y tanto Antonio Gutiérrez como José María Fidalgo se aburguesaron y traicionaron a la clase trabajadora. A la hora de escribir estas páginas, me entero de que acaba de celebrarse el IX Congreso Confederal de ese sindicato y que Fidalgo ha sido reemplazado por un tal Ignacio Fernández Toxo. Sinceramente, visto lo visto, no se puede esperar nada de él. Pero ese es otro tema. El hecho es que tenía 16 años y estaba en la cárcel de Carabanchel.